



QUINTO
— CONCURSO —
CUENTA CUENTOS



Quinto concurso
CUENTACUENTOS



Quinto concurso Cuentacuentos
Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Ingeniería
2016, 105 págs.

QUINTO CONCURSO CUENTACUENTOS

Primera edición, 2016

D.R. © 2016, UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Avenida Universidad 3000, Col. Universidad Nacional Autónoma de
México, Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán,
C.P. 04510, México, D.F.

FACULTAD DE INGENIERÍA
<http://www.ingenieria.unam.mx/>

Prohibida la reproducción o transmisión total o parcial
por cualquier medio sin la autorización escrita del titular
de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México.

UNIDAD DE APOYO EDITORIAL
Cuidado de la edición: Patricia García y María Alicia Medina,
formación editorial e ilustraciones: Nismet Díaz.

CONTENIDO

Presentación	1
Prólogo	7
Alumnos	
<i>Mita</i>	13
<i>Historias de la Facultad</i>	21
<i>Muere un sueño</i>	27
<i>Canto al viento</i>	33
<i>El viaje apenas ha comenzado</i>	39
<i>I am ¡T.N.T.!</i>	45
<i>Crónica de un primer día</i>	49
<i>Realidad: rutina de un sueño</i>	57
<i>El sueño de Estrella</i>	61
<i>A las estrellas</i>	65
<i>La segunda ley</i>	69
<i>La niña de las flores</i>	77
Profesores	
<i>Tristeza de la envoltura</i>	83
<i>Las lloronas de Coyoacán</i>	87
<i>El clamor de un pueblo</i>	91
<i>Bello Haití</i>	95
Participantes del concurso	99

PRESENTACIÓN

Pablo García y Colomé

Profesor de Carrera, Facultad de Ingeniería, UNAM

María Cuairán Ruidíaz, Margarita Puebla Cadena, Gonzalo López de Haro y un servidor llevamos cinco años como integrantes del jurado, más que jueces como opinantes de esta suculenta variedad de historias, relatos y narraciones que nos presentan en cada ocasión los estudiantes y profesores de la Facultad de Ingeniería de nuestra querida UNAM e intentamos hacerlo con lo mejor de nosotros mediante una diligente lectura individual y un objetivo análisis postrero, sin descuidar que el oficio de leer considera el intelecto y emociones, esto es, inteligencia y plena disposición para la conmoción, para la turbación, para dejarse seducir por la lectura y después salir a la superficie. Repetir con el ingeniero y escritor Gabriel Zaid: «Subir los remos y dejarse llevar con los ojos cerrados. Abrir los ojos y encontrarse vivo: se repitió el milagro». Yo estoy seguro de que los cuatro amamos la

literatura y que al ejercer este cargo lo hacemos como dice Ángeles Mastretta: «... afectados por la fiebre de quienes viven el arte de la lectura como una religión».

Con agrado, les comento que en esta ocasión, en la parte final de nuestro trabajo hubo comunes denominadores que facilitaron y alegraron nuestro quehacer y nos acercaron, sensiblemente, a una objetividad contigua, a una verdad que habla de conformidad entre lo que se escribe, con lo que se lee y aprecia.

En estos cuentos hay una abundante y prolífica diversidad de temas entre los que emergen el amor con sus triunfos y desatinos, la apremiante comparecencia de la justicia social aparejada con el fin de la corrupción, el advenimiento de un medio ambiente libre de contaminación, las tradiciones que nos hacen una nación con un pasado soberbio y merecedores de un futuro digno, e historias de los miembros de la comunidad de nuestra Universidad Nacional.

Hace algún tiempo, me comentaba una maestra en letras que cuando los estudiantes de los primeros semestres de ingeniería, que por razones de vocación se cambiaban a la Facultad de Filosofía y Letras, devenían en magníficos investigadores por la disciplina y la estructura matemática que portaban y, también, se daban casos en que estudiantes de ingeniería, de los últimos semestres, que comenzaban a estudiar alguna licenciatura en letras o en filosofía, completaban una preparación más cercana y encauzada a la formación integral. Nosotros no estamos tan separados de las letras como algunos quisieran suponer y estos concursos son pruebas fehacientes de la vecindad existente.

Nosotros felicitamos a todos los participantes, estudiantes y profesores, por el entusiasta concurso producto de su esfuerzo. Yo considero que todos estarán de acuerdo con el poeta, novelista, periodista y ensayista español Francisco Umbral cuando afirmara: «Escribir es la manera más profunda de leer la vida». Ustedes sigan escribiendo porque cada vez lo harán más bello; y, atiendan lo que al respecto dice la escritora Isabel Allende: «Escribir es como hacer el amor. No te preocupes por el orgasmo, preocúpate del proceso».

Como una sencilla ofrenda a todos los que concurrieron a este certamen, yo expresaré algo sobre algunos de los cuentos finalistas en una lluvia apresurada de palabras y frases que me gustaron y conmovieron; y, lo haré sin un orden especial, al azar, al destino.

«Hubo un sacerdote que llegó para encontrar refugio de la persecución... vivió y ofició encubierto tres años con ayuda de sus tres sobrinas... vestía con calzón y camisa de manta, gabán, sombrero y guaraches... así llegó a La Conchita en Coyoacán... las sobrinas rondaban los veinte años y eran traviesas y ocurrentes... una noche subieron al campanario a contar historias de la noche con fantasmas y aparecidos... una dio un alarido largo y fuerte que partió la noche... todo el pueblo habló de La Llorona y de sus gritos durante dos meses... nunca fueron descubiertas las tres lloronas y se conservó para siempre su misticismo».

«Hubo fiesta cuando Ana se fue a la Universidad... va a ser ingeniera... se llevó pal' camino manzanas, duraznos y gorditas rellenas con frijol y huevo y salsa roja... es el orgullo de su mamá... que se cuide de los hombres... se va para el salón J-109... quizá, Laura y

Eduardo lloraron cuando los aceptaron en Ingeniería... quizá, se miran y no dejan de mirarse... quizá, sí existe el amor a primera vista... quizá, se casan y tienen hijos... quizá, se conocen afuera del salón J-109... Alan debía estudiar ingeniería como su padre... ama la literatura, pero no tiene opción... no tiene el valor para contradecir a su padre... intentará darle la satisfacción... los hijos buenos hacen eso... espera a su profesor afuera del salón J-109... es la tercera vez que Jenny va a cursar la materia... pedirá ser oyente... el profesor prepara papelitos para la rifa... después, llegan los volados... pide sol... gana y espera en el salón J-109... todos esperan por qué vivir una esperanza, por qué luchar y un sueño por alcanzar, fuera del salón J-109».

«Un lugar escondido en el corazón de un pueblo que quiere libertad, que está cansado de corrupción y violencia, de impunidad y traición... una señora piensa que no le alcanza el dinero... una pareja camina, ella piensa que él es lo mejor, él piensa cómo decirle, ama a otra... unos tratan de alcanzar el autobús que ha partido... otros ven aparadores... a un estudiante avanzado no le pagan en un trabajo... él estaba desahuciado, pero, encuentran su cura... y, sin embargo, tú la tienes, esa voz que no acalla nadie... ¡soy artista, dejen expresarme!... no podrán silenciar el clamor de mi corazón, el clamor que está en el corazón del pueblo... ¿qué voy a hacer sin ti, si ya no tengo tus besos y caricias».

«Noche, viento y estrellas... no hay esperanza... aroma de leche cortada... las creencias son fértiles... dicen que es el pueblo de la lengua de los muertos... de noche, el cielo se ilumina como si

acabara de nacer... hace calor y la piedra suda un líquido amarillento como si fuera pus... la casa de adobe es como el cuero del hombre que se raja con los fríos que arrastran todo el enojo de Dios... vino a morir y a ver la noche incendiada... agarró un camión para venir, pero, no para regresar... me acompañó un compadre para que no me fueran a embrujar las mujeres que no quieren quedarse solas entre los perros y las víboras que se les meten entre las piernas y las embarazan... al llegar, solo estaba el sol escupiéndonos calor en la cabeza... aquí, huele mal porque todos los suspiros y pecados de los muertos flotan en el aire.. aquí, vendré también a morirme».

«El hombre moderno muestra su lado más primitivo y salvaje a la hora de abrir una caja envuelta de vistosos colores... mutilar el papel... un regalo jamás debería ser abierto hasta dominar el arte inverso de la papiroflexia... la piel cubre el cuerpo... el alma hace lo mismo, pero de adentro hacia afuera... el obsequio está en algún lugar esperando a ser desollado... el ritual de la carnicería se anuncia después de soplar las velas... los rostros permanecen fijos a las manos del verdugo, de sus grotescos y poco civilizados dedos que le violan, le destrozan... la tristeza de la envoltura llega a ser menor a la de quien en ocasiones recibe el regalo... no todos los cofres tienen doblones de oro ni las conchas perlas...»

«Era mejor descargar su enojo dentro del coche y no tentar al demonio... todos los días, abría los ojos y la conciencia, con afán religioso, a las 4:30 horas... para él, los cincuenta eran una cosa cada día... 30 años caminando a impartir su cátedra de 30 años

que lo conectaban a la vida... necesitaba de sus ritos y rutinas como un mendigo precisa de la caridad... después de todo lo perdido... le apenaba el poco interés por la literatura de los futuros ingenieros... regresó a su casa después de clase y atender como autómatas labores administrativas... al morir su esposa, sus padres y un amigo querido e irse sus hijos, cada metro cuadrado de su casa albergaba más partículas de soledad que las que pudieran formarse durante cien años en Macondo... colocar sus llaves en el clavo de siempre, un sobre largo, arrugado, desgastado, llamó su atención y alteró su corazón... en la farmacia no vendían pastillas contra el desahucio... ni contra el enorme vacío que la noticia le causó... agua y píldoras saturaron su vientre y razón... por su mente danzaban recuerdos y rostros conocidos se reflejaban en espejos rotos... lloraba y reía... no había nada más que hacer».

Muchas gracias.

PRÓLOGO

José de Jesús Huezco Casillas

Coordinador de la COPADI, Facultad de Ingeniería, UNAM

Esta publicación reúne los 16 cuentos finalistas del *Quinto concurso Cuentacuentos* en las categorías de alumnos y profesores que en el año 2011, inició con diversos propósitos, entre ellos, favorecer la formación integral de los estudiantes de la Facultad; fomentar el interés y cariño por nuestro idioma, expresando mediante la palabra escrita diferentes experiencias e ideas conjuntadas con su creatividad y plasmadas en un relato; el reconocimiento al talento de nuestros estudiantes; y, la presencia de las humanidades en la ingeniería. Por lo anterior, la Secretaría de Apoyo a la Docencia de la Facultad de Ingeniería, a través de la Coordinación de Programas de Atención Diferenciada para Alumnos (COPADI) ha organizado este concurso, cuyos cuentos finalistas —lo decimos con gran placer— se presentan en esta edición.

Cabe mencionar que en esta emisión participaron 166 estudiantes de todas nuestras carreras y, por segunda ocasión, en una categoría aparte, participaron 19 profesores. El 10 de agosto de 2015, día en que comenzaron las clases del semestre 2016-1 en la UNAM, con los estudiantes y con los de nuevo ingreso, se lanzó la convocatoria para el concurso. Los requisitos: ser estudiante y/o profesor de la Facultad de Ingeniería, campus Ciudad Universitaria; presentar un cuento con tema libre, extensión de una a cuatro cuartillas, con título y seudónimo; y, en un sobre aparte incluir los datos de identificación.

El cartel promocional, diseñado por la Coordinación de Comunicación, hacía alusión a un libro al cual se puede ingresar mediante una puerta que conduce a unas escaleras que nos llevan a un mundo lleno de imaginación y fantasías plagado de imágenes de barcos, caballos, relojes y vegetación, los cuales dan vida a los relatos y cuentos creados por nuestros estudiantes y profesores que participaron en esta emisión.

El formidable jurado de este concurso lo integraron los profesores Margarita Puebla Cadena, María Cuairán Ruidíaz, Pablo García y Colomé y Gonzalo López de Haro, quienes después de un primer periodo de lecturas y con la aflicción de tener que dejar fuera cuentos muy buenos, eligieron a los finalistas de este certamen, convencidos de que los 16 merecían un reconocimiento especial.

El jurado procedió a una segunda ronda final de lectura de los finalistas y el 3 de noviembre, se reunió para definir los tres primeros lugares en cada categoría; después de la deliberación, se acordó que los ganadores serían:

Categoría estudiantes:

Primer lugar: *Mita*

Escrito por: Brenda Andrés Montealegre

Segundo lugar: *Historias de la Facultad*

Escrito por: Ruth Maciel Olivera Alvarado

Tercer lugar: *Muere un sueño*

Escrito por: Diego Antonio Merla López

Categoría profesores:

Primer lugar: *Tristeza de la envoltura*

Escrito por: Jesús Pérez Esquivel

Segundo lugar: *Las lloronas de Coyoacán*

Escrito por: Gabriela Macías Esquivel

Tercer lugar: *El clamor de un pueblo*

Escrito por: Jaime Alfonso Reyes Cortés

El jueves 26 de noviembre, se realizó la premiación del *Quinto concurso Cuentacuentos* en el auditorio Ingeniero Javier Barros Sierra. La ceremonia fue una fiesta, en la cual se presentaron los títulos de los cuentos, los nombres y seudónimos de los concursantes (casi todos ahí presentes); se aplaudió a los concursantes, a los diseñadores de la

imagen, a los organizadores; se escucharon las palabras del ingeniero Pablo García y Colomé, en representación del jurado, quien destacó: «Estos concursos son prueba irrefutable de la cercanía entre la literatura y las ciencias exactas como lo es la ingeniería»; se entregaron los reconocimientos, los premios; y, la maestra María Cuairán Ruidíaz y el ingeniero Gonzalo López de Haro, miembros del jurado, leyeron los cuentos ganadores del primer lugar en ambas categorías.

Finalmente, el director de la Facultad, Dr. Carlos Agustín Escalante Sandoval felicitó a los ganadores y dirigió unas palabras a los estudiantes participantes, reiterando la importancia de este certamen como una actividad significativa que ayuda a la formación integral de los estudiantes, agregó que: «El atreverse a escribir un cuento no es una cosa trivial, se requiere de audacia, ocurrencia, inventiva, creatividad, vivencias personales y anécdotas, así como imaginación, inteligencia e investigación». El Dr. Escalante concluyó invitando a la comunidad estudiantil a participar en la emisión del *Sexto concurso Cuentacuentos 2016*.

A los finalistas se les otorgó una mención especial y un reconocimiento.

Esta publicación, editada por la Facultad, divulga los cuentos ganadores y finalistas, así como la lista de todos los concursantes con el título del cuento, el nombre y seudónimo de cada autor. ¡Pedimos un aplauso para todos estos estudiantes y profesores participantes! Esperemos que ustedes disfruten esta edición y los invitamos a que en el siguiente concurso, se animen a participar, porque: «todos tenemos algo que contar».

ALUMNOS





PRIMER LUGAR

MITA

Brenda Andrés Montealegre

«Bre97»

Hay mucha noche, mucho viento y muchas estrellas en el aire negro de Mita. Hay mucha tierra inútil, piedras pálidas y rumores de animales a todas horas, pero no esperanza. Siempre he creído que en este pueblo del demonio uno solo puede venir a morir o ver morir a los que ya están condenados desde que nacieron en estas tierras, donde hasta el tiempo parece haberlas abandonado. Uno puede sentir su llegada a estas planicies, no hace mucha falta quebrarse la cabeza, hay en el aire que circunda a Mita un aroma como de tierra podrida, de leche cortada que sale de la tierra, a uno se le saltan los ojos porque desde un inicio huele a muerte.

El suelo de Mita no sirve para nada, no se siembra en las rocas desgajadas y cuarteadas como pie de jornalero, los únicos animales que proliferan son las víboras y los alacranes y hasta estos viven con

desagrado porque no tienen qué comer más que las raíces amargas que la tierra guarda bajo su cuero reseco. Hace muchos años que el pueblo se vació, que la gente con sentido común agarró sus cosas y se largó a otras tierras que la mano de Dios aún no olvida. Los menos abusados se quedaron por miedo e ignorancia, por sus creencias. Si algo es fértil en este pueblo, son las creencias, aquí la gente se cree todo lo que ve y escucha, no por nada los que conocen Mita, aunque sea de paso, dicen que es el pueblo de la lengua de los muertos. Aquí, toda la gente se conoce hasta cuántos dientes les tumbaron de una pedrada en su niñez.

Cuando la noche cae pesada sobre la piedra cruda, el cielo se ilumina como si acabara de nacer, se envuelve de oro y plata, esto es lo único que vale la pena en Mita, que su cielo se sacude la luz de las estrellas e ilumina los senderos como arbolito de navidad. A eso viene la gente a Mita, a ver el cielo recién nacido antes de morirse, a caminar hasta que les sangren los pies por las barrancas secas donde resuma el aire negro de Mita y ver cómo nace la noche, como poco a poquito se va tejiendo un zarape negro que tapa el azul del cielo.

Aquí, casi no llueve, parece que la tierra nunca tiene sed y, si la tiene es de sangre coagulada, porque a cada rato se mueren los perros, cuando un perro se muere, se le llora como a una persona, se le ponen sus veladoras y se le hace un huequito en la tierra para que se siembre como una semilla y después llegue otro a sustituir su lugar, porque los ladridos de los perros espantan la tramontana que deja ciegos a los niños y brutos a los adultos.

Cuando un niño nace en Mita, se hace un fiestón con las pocas cosas que hay a la mano, se matan los flacos guajolotes y se echan cohetes para decirle al cielo que todavía habrá quien lo mire con su vestido de oro y plata.

La primera vez que vine a Mita fue a ver morir a mi abuelo, me acuerdo que hacía mucho calor y que la piedra sudaba un líquido amarillento como si fuera pus, en la vastedad de la planicie se escuchaba el cascabeleo enloquecido de las víboras que nos esperaban con sus lenguas ponzoñosas. A nuestras voces se las llevaba el viento montado en las alas de los buitres que también apestaban como a leche cortada. Cuando llegamos al pueblo, nomás nos recibieron los ladridos de los perros que nos decían que nos fuéramos, que no había nada que valiera la pena, que mejor diéramos vuelta y nos regresáramos antes de que la tramontana nos dejara brutos.

Rosario Flores, que era amiga y comadre de mi abuelo, nos salió a encontrar a mitad de una polvareda que convulsionaba toda la tierra cruda y la metía en nuestros ojos. Nos tapó con su rebozo negro y nos llevó a su casa de adobe que olía a tortilla quemada y estufa de petróleo. La casa era chica, de trabes sencillos y adobe rojo con rajaduras en las paredes, porque el adobe es como el cuero del hombre que también se raja con los fríos que arrastran todo el enojo de Dios. Rosario nos sentó en unas sillas de madera porosa y nos dio de comer una jícama que sabía a cal mojada con lágrimas, mientras nos pasábamos el bocado nos platicaba de su vida en el pueblo, de todos los familiares a los que ha visto morirse en un petate tumbado en la tierra raída, ahí nomás se tiraban a esperar

que la muerte les chupara el alma y se los llevara de este pueblo que huele a sangre seca.

Nomás a eso vino Clemente López, a morir en el suelo duro de Mita. Él siempre quiso ver la noche incendiada sobre el cielo del pueblo, asomarse a las barrancas donde suben los sueños del hombre y ver cómo de ellos se teje la noche como un zarape infinito. Mi abuelo me decía que lo único que valía la pena en esta vida era irse feliz a la tumba, aunque uno se muriera entre perros flacos y aroma de leche cortada. Bien valía la pena para él ver las estrellas de Mita y luego morir, aunque no tuviera velorio, más que los rezos susurrados de las mujeres del pueblo que siempre que alguien se viene a morir a sus tierras, le dan las bendiciones porque aunque sea un cuerpo frío, alguien viene a poblar sobre la tierra parda y así, ya no sienten tanto su soledad, su viudez, su tristeza.

Cuando Clemente López vino a Mita, en su lejana infancia, fue para ver morir a su padre Donato López Santos que a su vez, vino para ver morir a su padre Emigdio López Paredes que trajo un papalote para que no se perdiera entre las barrancas de donde nació la noche, esa era la primera vez que llegaba un papalote al pueblo, y la gente como es muy supersticiosa, se alborotó, se espantaba de que algo colorido fuera siguiendo a un hombre, porque, si algo también es cierto, es que en el pueblo casi todo es pardo o gris, la gente casi no conoce los colores, más que los que el cielo despliega como un pavorreal cuando cae la noche. Casi todos los hombres de mi familia han venido a morir a Mita, ninguno nació aquí ni se casó con una de las pocas mujeres que quedan, nadie sabe cómo se dio esta

«tradicción» de venir a ver el cielo estrellado antes de morir, pero cuando uno ya va sintiendo que se le van las fuerzas y el aire le falta, agarra sus papeles y firma los testamentos, visita a sus amistades y se despide, agarra unos pocos trapos y agarra un camión que lo lleva, pero no lo regresa.

Yo vine a acompañar a mi abuelo porque sus fuerzas ya no lo dejaban llegar solo al pueblo, y no sea la de malas que se fuera a consumir su vida en la carretera o en la central de autobuses. Salimos en octubre, cuando empezaba a amanecer en el valle, me acompañó un compadre para que no me fueran a embrujar las mujeres y me quedara a vivir en el pueblo, porque las mujeres de ahí son mañosas y se amarran al primero que ven para no quedarse solas entre los perros y las víboras que se les meten entre las piernas y las embarazan.

Nos tardamos dos días en llegar y cuando llegamos, se le iluminaron los ojos a mi abuelo como si viera a la mujer que siempre quiso; a mi compadre y a mí nos entró un temblor como de pájaro dormido cuando vimos que no había nada en el pueblo, no había hospital ni cabecera municipal, no había gente en las calles, solo estaba el sol escupiéndonos calor en la cabeza. Cuando se soltó un aironazo vimos a Chayito, como le decía mi abuelo, acercarse con un reboso negro que le tapaba la cara y hacía que se pareciera a la muerte que venía a llevarnos de una buena vez. Pasamos unos dos días en la casa de Chayo, comiendo jícamas, tristes y viendo como Clemente poco a poco se iba apagando de todas las partes de su cuerpo, menos de sus ojos, que le habían agarrado una fosforescencia desde que vio las estrellas en la barranca de las espinas. Sus ojos

se volvieron luminosos, más grandotes y profundos, se le veían como si acabara de nacer, con ese brillito que tienen los niños cuando ven por primera vez el mar. Así se murió Clemente López, con los ojos iluminados y serenos, con una sonrisa en su rostro, aunque estuviera tirado en un petate en la tierra cruda, entre aroma a pulque podrido y seis perros ladrándole. Así es como se murió su padre y el padre de su padre, a eso venían los López, a ver el cielo estrellado y curarse de las heridas de su vida, de sus culpas, de sus pecados, a cumplir primero la condena de pasar por el infierno que es Mita para purificarse con el aroma podrido y morir a gusto, porque por eso Mita huele tan mal, porque aquí, todos los suspiros de los muertos flotan en el aire, todos los pecados y todo lo que no le sirve a el alma, aquí, la tierra no sirve para nada, porque a los muertos ya no les da hambre para sembrar ni tienen fuerzas para arrear las cabras.

Cuando enterramos a mi abuelo en un huequito caliente de la tierra, apenas empezaba a anochecer, podía sentir el corazón latir rápido porque iba a ver otra vez el cielo con su vestido de oro y plata, lo iba a ver una vez más antes de que también, yo venga a morirme aquí y se purifiquen todos mis pecados en el aire pesado del pueblo.



SEGUNDO LUGAR

HISTORIAS DE LA FACULTAD

Ruth Maciel Olivera Alvarado

«Tik'a»

Parte 1

En el pueblo hubo fiesta el día que Ana se fue a la Universidad, fiesta porque es la primera que estudiará en la UNAM, su familia es de campesinos y cuando su papá murió en un accidente hubo que trabajar más para cuidar de la familia. Fue la tía quien la animó a presentar su examen y Ana va a ser ingeniera. En la despedida hubo regalos: manzanas, duraznos y gorditas rellenas con frijol, huevo y salsa roja pal' camino —le dice su abuelita— quien nunca fue a la escuela y tampoco ha ido a la ciudad, pero por lo que ha oído, es un horrible lugar porque hay humo de carros, mucha gente mala y pocos árboles, así que, ella no sabe cómo a la gente le gusta vivir allá.



Ana es el orgullo de su mamá, la ve tan pequeña que la asalta el recuerdo de lo mucho que su padre la quería. Cuando Ana creció, él la sacaba de la cama por las noches, le cocinaba algunos huevos que las gallinas habían puesto y los comían juntos; al día siguiente, cuando la madre se daba cuenta los regañaba y ese día, al despedirse de su hija, ella sonreía por esos recuerdos y lloraba con más fuerza. El consejo que más le repiten a Ana es que se cuide de los hombres, pero para ella, ese no es ningún problema porque, como pocas, sabe lo que quiere en la vida. Ana metió en una bolsa las cosas que tiene junto con todas sus esperanzas, sus ganas, el amor de su familia y sueña que pronto volverá para ayudar a su comunidad como ingeniera y así, con sus manzanas, duraznos y gorditas, se va para la Universidad, se va para el salón J-109.

Parte 2

Quizá, Laura lloró el día que la aceptaron para estudiar en la Facultad de Ingeniería. Quizá, Eduardo también, pero le dio pena decirlo. Quizá, ella se arregló lo mejor que pudo para su primer día de clases y él también, porque, la primera impresión es la que cuenta. Quizá, los dos se encuentran mientras esperan su primera clase. Quizá, se miran por primera vez y ya no pueden dejar de mirarse. Quizá, al entrar al salón buscan dos lugares que estén disponibles para sentarse juntos. Quizá, se hablan por primera vez y ella comience a

pensar que es el chico más guapo que ha conocido. Quizá, sí existe el amor a primera vista. Quizá, ya no pueden evitar estar juntos y él la sorprenda cada vez con flores, solo por el gusto de verla sonreír. Quizá, Eduardo es un caballero y la hace sentir especial. Quizá, la invita a salir, la toma de la mano y ella piensa que está hecha para él. Quizá, se dan su primer beso y sientan algo que nunca han sentido antes. Quizá, él estudia mucho porque quiere tener una familia con ella. Quizá, terminan su carrera. Quizá, él compra el mejor anillo que pudo pagar. Quizá, ha pensado en el mejor momento para sorprenderla. Quizá, ella entre lágrimas acepta su propuesta. Quizá, se casan y tienen hijos. Quizá, la felicidad sí existe. Quizá, lo mejor que te puede pasar es conocer al amor de tu vida afuera del salón J-109.

Parte 3

Alan no pudo decidir, todos sabían que él debía estudiar Ingeniería Civil como su papá, porque eso deben hacer los hijos para que sus padres estén orgullosos de ellos. Alan ama la literatura, pero no tiene opción. No es bueno en las matemáticas y no le gustan, él quiere escribir poesía y cuento y, si se va a morir de hambre, se morirá feliz porque estará haciendo lo que a él le gusta. Alan no tiene el valor para contradecir a su padre e intentará darle la satisfacción de ser ingeniero, los buenos hijos hacen eso, así que Alan mejor se olvida de la literatura y espera a que llegue su profesor afuera del salón J-109.

Parte 4

¡Pucha! piensa Jenny, esta es la tercera vez que va a cursar la materia, va a pedirle al profe que le permita ser oyente, pero hay más de treinta alumnos que también quieren ser oyentes. El profe prepara papelitos, unos numerados y muchos otros en blanco, dice que la suerte es lo justo, habrá 17 lugares y, si tu papel tiene número, estás adentro. Todos se forman, las damas primero, dice el profe, y Jenny en la fila suplica viendo hacia arriba que la suerte la acompañe y le toque un papelito con número, lo abre y ¡pucha!, está en blanco, pero puede volver a formarse para tener otra oportunidad, todavía hay papelitos, pero poco a poco los lugares se van ocupando, Jenny tiene otra oportunidad y nada. La séptima vez es la última ronda y, nuevamente, un papel en blanco, solo quedan dos lugares y el profe cambia la regla, todo se decidirá en volados, ahora, los hombres primero, un afortunado pasa al salón porque ganó esa ronda y solo queda un lugar; Jenny y otros estudiantes esperan que la suerte esté de su lado. A ella, en el último volado, se le ocurre pedir sol, la moneda está en el aire y otra vez suplica viendo hacia arriba y por fin... tiene su lugar en el salón. Jenny aprende ese día que la vida, a veces, también se decide en los volados afuera del salón J-109.

Parte 5

Después de los volados, el profesor pide a sus alumnos que se presenten, entre ellos está Ana que dice que viene de Hidalgo; Laura y Eduardo, los dos que no pueden dejar de mirarse; Alan con sus aspiraciones literarias y Jenny a quien hoy la suerte casi abandona. Los alumnos no lo saben pero su profesor podría ganar mucho más dinero en otro lugar solo que ama la Universidad, porque tiene la convicción de que es en el proceso educativo que los alumnos reencontran un por qué vivir, una esperanza por qué luchar y sueños para alcanzar.

Y así, comienza el primer día de clase en el salón J-109.



TERCER LUGAR

MUERE UN SUEÑO

Diego Antonio Merla López

«Dago Limere»

Esquivó al microbús que de súbito invadió su carril con un rápido giro al volante, guardando para sus adentros el «¡ffjate, idiota!» que en otros tiempos hubiera exclamado airado.

Tenía cincuenta y tantos, los años necesarios como para saber que era mejor descargar su enojo dentro del coche y no tentar al demonio (o al chofer del microbús), los suficientes como para aún poder salir a correr todas las mañanas. Sabía que era aquella escapada al alba, la que le daba la paciencia para afrontar el frenético y diario vaivén, por ello, abría los ojos y la conciencia todos los días con afán religioso a las 4:30 en punto. Se enfundaba en unos viejos pants, se ponía la chamarra de siempre y salía a correr.

Así, después de un buen baño de agua caliente, un plato de papaya y un café, esperaba el verde en el siempre caótico cruce previo a la entrada de su universidad.

Los cincuenta suelen ser un parteaguas en la vida de todo humano: para los pesimistas representan los albores de la senectud, los moderados los entienden como el ocaso de la adultez y los optimistas aún se sienten en su segunda juventud. Para él, eran una cosa cada día.

Estacionó su modesto *Tsuru* en el lugar de siempre y luego de sacar algunos papeles de la cajuela, se encaminó como lo había hecho los últimos 30 años, al salón 106 B para, como lo había hecho los últimos 30 años, impartir su cátedra usual.

Aquella clase era de las pocas cosas que lo mantenía conectado a la vida: a la vida ingenieril, pues lejos estaban los tiempos en que ejerció lo que ahora era más un mote formativo que una profesión; a la vida juvenil, pues a través de los ojos atentos, dormidos, expectantes o indiferentes de sus alumnos, revivía cada martes y jueves sus antiguas aventuras e ilusiones; a la vida rutinaria, pues a su edad ya no se podía dar el lujo de «vivir el momento» sin saber qué esperar del día siguiente. Necesitaba de sus ritos y rutinas como un mendigo precisa de la caridad; sin ellos, se sentía perdido e inútil, perdido en la vorágine de una ciudad que te arrastra esquizofrénica a su ritmo fugaz; inútil mendigando el inestable equilibrio de una ficticia libertad. Después de todo lo que había perdido, ¿qué le quedaba más que aferrarse a su rutina?

—Profe, ¿me da permiso?— Un voluntarioso estudiante, de esos que copiaban hasta el más mínimo garabato que él hacía en el pizarrón, pero que, parecía no entender ni una pizca de lo que

reproducía en su cuaderno, lo despertó de su existencial divagación. Él se hizo a un lado con parsimonia.

—Si quiere usted entender a Gironde, no lo va a hacer copiando del pizarrón, Julio. Mejor léalo para la próxima—. Le recriminó al afanoso escolar que bajó la mirada en un gesto de fingida contrición.

Le apenaba lo poco que interesaba la literatura a los nóveles ingenieros. Culpaba a los múltiples distractores modernos. Sus telefonitos, videojuegos, series televisivas y demás tonterías les robaban el tiempo que, de otra forma, hubieran dedicado a leer o estudiar. Así, había sido en sus años mozos. Aún, los que no tenían un particular interés por los libros sabían quién era Alexandre Dumas. Ahora, lo confundían —si bien les iba— con algún nuevo *rockstar* inglés.

Regresó a su casa a la hora de siempre, tras minutos eternos en el perpetuo tráfico capitalino; con el cansancio de siempre, tras más de ocho horas de atender como autómatas los asuntos administrativos del departamento que encabezaba. Después de la muerte de su esposa y del éxodo de sus hijos, cada metro cuadrado de los 233 que ocupaba su propiedad parecía albergar más partículas de soledad que las que pudieran formarse durante cien años en Macondo.

Al dejar sus llaves colgadas en el clavo que cumplía las funciones de llavero, una carta en el suelo llamó su atención. No era el sobre de siempre con una franja azul y una ventanilla de plástico, codicioso mensajero de sus deudas con el banco que llegaba cada primero de mes. Por supuesto que no lo era porque corría ya la segunda semana de octubre. Tampoco, los otros sobres con franja azul que pretendían

mes con mes enjaretarle una nueva tarjeta de crédito. Por supuesto que tampoco, esos llegaban siempre el día 20.

Este era un sobre largo, arrugado, tenía un color crema desgastado y un par de estampillas con incas, motivos que delataban su procedencia sin necesidad de leer más. Al verlas, su corazón no se saltó un latido, sino como tres y le tomó más de un minuto recuperar la respiración después de leerlo.

«Calle Diego Ferré 293,
Miraflores, 67070,
Lima, Perú».

Aquella remitente dirección lo dejó helado otra vez. Con sus manos temblando más que la blanda arcilla de la ciudad en el 85, logró abrir el sobre sin romperlo demasiado. Sacó la carta que en él venía envuelta y desdobló la hoja única que la conformaba. Después de leerla, salió hecho una furia de su casa.

Regresó contrariado al enterarse de que en la farmacia no vendían pastillas contra el desahucio y se tuvo que conformar con unas que tan solo aliviaron su dolor estomacal. El desazón fue peor cuando notó que lo chicles que compró después, tampoco surtieron efecto ante el amargo sabor de boca que la ominosa noticia contenida en esa carta le causó.

Vaya mundo en el que vivimos hoy en día —pensó— donde la medicina se ocupa de tratar las síntomas y no las causas. Pues, él bien sabía que los problemas en el estómago no se los habían

causado aquellos tradicionales tacos de canasta de don Atanasio, sino el inmenso vacío que le había dejado la lejana nueva fatal.

Cuando volvió en sí, seguía sentado en el sillón de su sala con la carta en sus manos y una melancólica sonrisa en la boca. Tomó las pastillas de la farmacia y la botella de agua que a su lado reposaba y subió lentamente los escalones a su recámara. Se miró, fijamente, por un momento en el espejo de su baño y sin un dejo de titubeo empezó a dar largos sorbos de la botella mientras aventaba de a tres las pastillas a sus sedientas fauces, tratando de llenar con los fármacos el hueco de abandono que en sus entrañas se expandía.

Ya se le habían muerto su esposa y sus padres y un amigo querido. Ya sus hijos habían dejado el familiar nido hacía varios años. Pero nunca, había sentido un pesar tan profundo, un vacío tan mortal. Pensó en lo atinado que estuvo Kafka al decir que los besos escritos no llegan nunca a su destinatario, sino que más bien son bebidos en el camino por sus fantasmas: el fantasma de lo que alguna vez había sido, bebía a borbotones el agua funesta de aquel último beso en papel.

Poco a poco, agua y píldoras saturaron su vientre y su razón. Por su mente alelada danzaban recuerdos añejos con forma de tren; rostros conocidos se reflejaban en espejos rotos y a lo lejos se escuchaba el final de la obra maestra de algún compositor ruso, cuyo nombre le era imposible recordar. No importaba. El agua que de sus ojos brotaba inundaba todo mientras él, impermeable, reía a carcajadas. Ya no había nada más que hacer. Se le había muerto el sueño en Lima.



CANTO AL VIENTO

René Alejandro Barón Chávez

«Al Ba»

Al igual que ayer, mi captor me ha ofrecido bebida y alimento, la misma atención ha de repetirse día a día, es más hasta creo que ya le quiero. Me resulta imposible distraer mi mente de la monotonía a la que estoy preso, todos los días parecen ser iguales, no distingo un martes de un miércoles, creo que la única diferencia es el nombre de estos.

Me he podido dar cuenta que cada día que pasa, algo dentro de mí cambia, me vuelvo más frío, más lento, por más intentos que hago por mover mi cuerpo, simplemente el espacio que me limita me hace enfurecer y ceso el ejercicio, igual que mi alimento diario, mi dosis de coraje se hace presente, cada día es lo mismo, cada día lucho conmigo mismo; primero, me invade una oleada de esperanza, de fuerza, una esperanza de mi libertad y así, con la misma

intensidad y fuerza con la que se presenta, llega la resignación, la desesperanza, cada día es igual al anterior, cada día tengo las mismas discusiones conmigo mismo. Son curiosos los pensamientos que le invaden a uno cuando se está preso, tantas cosas que has de valorar cuando te son arrancadas, tantos deseos por una cosa en la que en un ayer no dabas nada, el simple olor de las flores, el olor de la lluvia, los coloridos atardeceres, todo eso en un ayer y ahora, no tengo nada.

Claro que odio a mi captor, cómo no odiarle, me ha privado de mi libertad y me tiene aquí, encerrado; me he preguntado ¿qué gana con tenerme aquí?, ¿qué perverso es el deseo de verme así?, he tratado de hablar con él, le he gritado, le he hablado, le he suplicado y él, con una congeladora indiferencia simplemente me ignora. Creo que todo prisionero ha intentado dejar de probar alimento, de dejarse morir, en mi caso fracasé, al segundo día no pude más y comí, y me encolericé al hacerlo. Mi verdugo me trae alimento fresco a diario, no puedo entenderle: me apresa, pero me alimenta, me grita, pero me acobija, me ignora, pero me cuida, a veces, ya ni siquiera sé qué es lo que siento por él, estos barrotes confunden mi pensamiento, me enloquecen, me destruyen y, al mismo tiempo, me convierto en parte de ellos.

He llegado a un punto de indiferencia total, de monotonía elegida y es que, qué más puedo hacer, lo he intentado todo, he intentado morir, fracasé; he intentado escapar, fracasé; he intentado atacarle, fracasé; ahora solo abrazaré la constante rutina a la que estoy sometido, tal como, la liebre se resigna a su destino ante el gran águila, así ahora, estoy yo resignado.

Recuerdo con tortura aquella mañana, parecía ser un día igual que otro, llegó mi puntual captor con mi comida entre sus manos, abrió la puerta de mi celda y la dejó en el mismo lugar donde suele hacerlo, yo tenía la reacción con la que siempre suelo recibirle, ya iba a comenzar a comer cuando en una de esas visiones fugaces me di cuenta que la puerta de mi jaula estaba abierta, me estremecí de inmediato y con rapidez levanté la cabeza hacia aquel punto, no fue ninguna fantasía realmente estaba abierta. Para ese entonces, todo mi cuerpo estaba entumecido, era como si de repente no pudiese tener control de mí ni de mi cuerpo, me petrifiqué y solo contemplaba la perspectiva en la que me encontraba, de repente pude hilar el pensamiento de escape, respiraba tan fuertemente que me atemorizaba que mi captor pudiera escuchar los latidos de mi corazón, estaba asustado, pero con valor pude atreverme a dar los primeros pasos, me acerqué con cautela ante el riesgo de alguna trampa, caminé vacilando hacia el punto donde se encontraba la puerta, con cada paso sentía que el corazón se me iba a salir del pecho, mis piernas temblaban tan fuertemente que hacían temblar a todo mi cuerpo, pero seguía andando. Inevitablemente, llegué a un punto en donde paré, me detuve a unos cuantos pasos de mi anhelada libertad, y volví a estremecerme, era el miedo el que no me dejaba caminar más, el que no me permitía ser libre, pero entonces, como de un fuego extinto salió de mí una chispa, con una firmeza de la que hasta hoy estoy sorprendido, me aventé hacia delante venciendo aquella barrera, creo que lo que realmente vencí ese día, fue a mí mismo. Por unos momentos, saboreaba la idea de mi libertad, la podía

sentir, la estaba tocando y, así como, los dioses me sonrieron en aquel momento, al instante se mofaban de mí. Mi captor logró darse cuenta de lo que estaba pasando y con una velocidad asombrosa, logró detener mi intento de huída, me arrinconó en la esquina de mi cuadrada cárcel, cerró la puerta y se marchó; yo estaba sin estar en ese momento, por un instante fui libre, libre en todos los sentidos, aunque, se había frustrado mi oportunidad de escapar, en ese instante no me importaba, estaba lleno de vigor, de fuerza, de esperanza. Pudiera seguir tratando de explicar cómo es que me sentía en aquel minuto, pero, simplemente, las palabras me limitan.

Al día siguiente, la esperanza aún no me había abandonado, seguía casi intacta como en el día anterior, en todo el día, mis pensamientos siempre fueron positivos esperando que la vida que me puso en esa prisión me volviera a dar otra oportunidad, yo sabía que ahora no dudaría en tomarla, estaba tan convencido, tan vivo, que me di cuenta del daño que me hacían esos barrotes, no solo a mi cuerpo, a mi ser; al estar en cautiverio, tu cuerpo podría seguir vivo, pero, cada minuto que transcurre, tu espíritu va muriendo, simplemente no estamos hechos para vivir en jaulas.

En los días posteriores, me esforcé por mantener a mi lado la esperanza, pero es tan delicada y fugaz que cuando se va de ti solo la puedes llenar con la resignación, me daba ánimos al recordarme que aún existía la posibilidad de que se repitiera ese suceso, me lo repetía a diario con el ánimo de creérmelo, pero el tiempo, la soledad y el encarcelamiento, inevitablemente, hacen sus efectos y a los pocos días volví a estar tan abatido como al principio.

Ahora, solo me consuelan los recuerdos, tengo que vivir en ellos para no morir de sufrimiento, recuerdo mi danzar matutino por las hierbas crecidas, el aleteo vertiginoso al comenzar la lluvia, mi canto jovial al comenzar la primavera, todos esos maravillosos recuerdos los he de vivir día a día para enfrentar la maldita monotonía.

Si he de vivir el resto de mis días en este pequeño infierno, me resigno a hacerlo con dignidad, esperando aún que la vida me dé otra oportunidad, pues, aún no me resigno a ser un pajarillo más, cantándole al viento en pos de su anhelada libertad.



EL VIAJE APENAS HA COMENZADO

Luis Armando Cerón Gutiérrez

«Larce»

Son las 3:33 de la mañana y hace un frío terrible, lo sé por el pobre perro que está temblando en frente de mí. Doy unos pasos y me sostengo de la pared. Me siento mal, estoy mareado y algo así como un terrible dolor de cabeza no me deja seguir. Mientras, consigo mantenerme en equilibrio, miro la calle que está vacía. No hay ruido ni nada. Doy unos pasos para la esquina, camino pensando en lo que va a pasar.

Me doy cuenta de que frente a la iglesia hay una persona: es un indigente tapado con un gabán negro. Me voltea a ver y me sonrío. Sus dientes son blancos y su piel parece de bebé, su rostro no está sucio, pero huele mal. No tengo miedo y sigo caminando. Iré a la casa de mi papá, pienso, si es que a esto se le llama pensar.

Por fin, me encuentro frente a la casona vieja y despintada donde vive mi papá. Contemplo la puerta de madera color negro. La casa es realmente grande para que viva solo una persona en ella. Consigo entrar sin hacer escándalo y el desorden habitual del pasillo me recibe. Camino hasta alcanzar las escaleras de caracol, escaleras que son testigo mudo de la infancia de mi abuela paterna. Junto a ellas, está la cocina, pero se encuentra cerrada porque, según mi papá, se meten los gatos a comer cuando no la estás vigilando. ¿Quién lo diría? La misma cocina donde comió el general Zapata cuando visitó Toluca, invadida por gatos ladinos y ladrones. Subo y el piso ajedrezado se siente blando.

Llego hasta la habitación de mi padre y entro con mucho cuidado. Me sorprende verlo durmiendo como un niño. Su televisión de blanco y negro está encendida al igual que la lámpara que está junto a su cama. Tiene un libro en su pecho y los lentes puestos. Miro a ese niño dormir y me veo a mí. Todos dicen que soy idéntico a él, pero no es hasta este momento que me doy cuenta que es cierto. Junto a la lámpara para leer, está su eterno rifle. En su habitación desordenada hay montañas de libros y ropa hecha bolas por todas partes. El piso es de duela, pero ya bastante gastada. Me siento en el silloncito y cierro los ojos.

Reacciono bruscamente al tiempo que mi padre en la cama suspira profundamente y se acomoda: es tiempo de irme. Me acerco a su cama y quiero tocarlo, pero no puedo. Salgo del cuarto y bajo las escaleras hasta alcanzar la calle.

Fuera de la casa contemplo la noche y camino. En la esquina está el indigente que me voltea a ver de nuevo, me sigue con los ojos, pero

esta vez ya no sonrío. Me observa serio y se dirige a mí, «a las 3:35 en la esquina», me dice con voz ronca, después, se acomoda el gabán, da media vuelta y se va.

Mi cabeza va a estallar de dolor y me siento súper mareado, mucho más que antes. Iré a casa, pienso. A paso tambaleante y sinuoso recorro toda la avenida. A lo lejos, una canción sale de una cantina, se escuchan gritos, reclamos y risas. Yo quiero llegar lo más rápido posible.

El tiempo parece eterno igual que el camino, pero, después de mucho andar llego a casa. Entro con miedo a que «El Capitán», mi perro, me desconociera, transito el patio de la casa de manera sigilosa. Cuando «El Capitán» se dio cuenta de que estaba ahí, no me ladró, sino al contrario: fue a saludarme, y con una mirada de profunda tristeza, poco usual en un bóxer, me dio la bienvenida. Ya en la sala choco con todo. Subo casi a gatas y sosteniéndome de donde puedo.

No quiero hacer ruido, no quiero despertar a nadie. Llego a mi cuarto y entro. En la mesa de estudio hay un montón de hojas con ejercicios de termodinámica. Me acerco a mis libros y los veo. Tomo el libro de *Pantaleón y las visitadoras* de Mario Vargas Llosa, sin lugar a dudas, mi favorito. Lo abro en la página que la suerte quiera y lo comienzo a leer: «El trabajo ennoblece y dignifica». Cierro el libro y lo huelo. Aún, huele bien. Pongo el libro en su lugar.

Salgo de mi cuarto con dirección a la habitación de mi mamá. Entro sin problema. La luz está apagada y ella dormida. Me siento sin hacer ruido y tratando de no tropezarme con nada junto a ella. La miro y admiro, completamente. Me siento tan afortunado de

tener una mamá como ella. Es lo mejor que me pasó en la vida. ¿Cómo podría agradecerle tantas cosas? Gracias por enseñarme el valor del trabajo, gracias por apoyarme y encaminarme a estudiar, gracias por quererme, gracias por tantas alegrías, gracias por cuidarme, por preocuparte por mí. ¡Gracias! Me acerco a ella y le doy un beso en su mejilla que le despierta.

Recorro el pasillo, bajo las escaleras, salgo al patio, me despido de «El Capitán» y salgo de la casa. Justo en la esquina está el indigente esperándome.

Son las 3:35 de la madrugada. «Ya está aquí», me dice con su voz ronca. Detrás de mí, aparece un señor, alto con una bata de pintor. Lo saludo y su cara me parece familiar. No le tengo miedo. Dice que se llama Rafael y que es mi abuelo.

Mi abuelo Rafael me pide de forma amable que lo siga; asiento sin decir nada, el indigente de gabán negro nos ve partir.

Camino detrás de él pensando en mi mamá. En toda la pena que va a pasar a esta hora mañana. Lo mucho que va a sufrir cuando sepa que mi cuerpo está deshecho por la imprudencia de un hombre ebrio que me atropelló cuando regresaba de la facultad. De cómo no pude esquivarlo y me quitó la vida en ese mismo momento. De cómo habrá fotos en el periódico haciendo escarnio de mi zapato que salió volando. De cómo se burlaron de mi muerte en el *Facebook*. De cómo los del MP le robaron el celular y la cartera a mi cuerpo sin vida...

Pensaba y me sentía muy triste por todo el daño que sin querer le iba a causar. ¿Qué iba a pasar con ella, con mi papá y hermanos?

¿Por qué tuvo que pasar esto? Nunca, terminaré mi carrera, nunca, comeré jamás lo que me gustaba, nunca, volveré a ver a mis amigos, y, por supuesto, jamás, haré el viaje a Italia que tanto quería...

El abuelo se detiene un instante y me voltea a ver. Con su voz grave, pero gentil, me dice: «El viaje apenas ha comenzado».



I AM iT.N.T!

Mauricio Guzmán Castaño

«Màu Nâu»

Nací en China hace un chingo de años, peleé contra los mongoles y fui el alma de la fiesta en miles de ellas, la chispa de cada celebración que iluminaba el cielo nocturno.

Un día, conocí a Alfred, un tipazo súper buena onda, que quería cambiar el planeta. Trató de educarme, volverme más estable, que ayudara a los demás, construyéndoles a través de montañas y facilitarles la vida a las personas. No fui el mejor de los amigos y me dejé influir por otros, entre pláticas con té y sándwiches de pepino, conocí a gente del mundo: alemanes, franceses, austriacos, quienes me empujaron de nuevo a ser el tipo *cool*, llevándome a nuevos territorios y a nuevos festejos.

Globalicé mi borrachera en la pista de baile terráquea, se inauguraron y clausuraron eventos de mayor o menor importancia, pero

nada como esa fiesta a la que me invitaron. Todo el chingado mundo asistió, desde la realeza a la plebe. Yo no discriminaba, les caía por igual, celebrábamos dos, tres veces al día e incluso toda la noche para continuar justo donde nos quedamos, sin tiempo para limpiar.

Fueron cuatro años de celebraciones, pero la gente no tardó en deprimirse y un segundo fiestón se organizó, más grande que el anterior, regresaron los gringos con sus famosos *shots* y no sabes la peda que nos metimos. Vimos hongos en el cielo.

Los soviets tuvieron una riña familiar buscando cada quien su identidad, los gringos se fueron a buscar más pleitos, los demás se abrieron cuando comencé a drogarme de cobalto con mis nuevos amigos *geeks*. Pero se volvieron fríos conmigo, prefirieron poner sus negocios en orden y no me querían cerca, pasé de ser el *cool*, al señor borracho. Las pachangas cada vez fueron más lejos, donde no les jodiera mi desmadre, dejó de haber bebidas europeas y al final, hasta la nacional también se acabó.

Nunca, pudieron apartarme lo suficiente, para ellos siempre fui el vecino ruidoso, la molestia del vecindario y para ponerme fin, realizaron una intervención. Se organizó una reunión solo para populares. Me dijeron que debía sentar cabeza, hacer algo de mi vida, y con engaños y promesas a medias, me llevaron a rehabilitación y sin más, me dejaron ahí con la promesa de llamarme cuando organizaran algo de nuevo.

¡Güey!, vente a la fiesta del fin del mundo, no será lo mismo sin ti. Claro, hermano, sabía que me llamarías, ¿está la banda contigo?

Aquí, ya estamos, solo nos faltas tú, qué esperas, cuelga el teléfono y vente. Salí a encontrarme con ellos como en los viejos tiempos, aún, tenía mi zapato en la mano.



CRÓNICA DE UN PRIMER DÍA

David Hernández Alarcón

«El poeta Drako»

Es hora de levantarse, dijo mi madre que ansiosa sacudió la cama, me dio de desayunar y me mandó a la escuela con una persignada y un beso que es rutina de ella, me dirigí a la combi y después al metro observando las caras amargadas de las señoras que me observaban como bicho raro, yo como estudiante tenía que llegar a clase temprano y con un paso veloz esquivaba a todas las personas en el metro; además de la sofocación de este por la cantidad de personas que se dirigen a sus trabajos, eso parecía un infierno, pues es mi primer día de clases y no estaba tan acostumbrado a viajar tan lejos, escuchando el ruido de los que venden música y aguantando a los tipos que se duermen en tu brazo. Mi rutina de viaje, 4:30 y hasta que llegué a la escuela normalmente 6:30, miraba dentro del vagón de lado a lado y sentía esas miradas de las personas con pocos amigos, veía a los dormilones, a

los que tenían sus caras de perdidos, uno que otro con cara de asustado, las parejas que se dan unos besucones exagerados, unas chavas guapas, unas ahí dos dos —dijera me compañero de preparatoria Juan «el todas mías»— y yo, que no soy guapo, pero tengo lo mío.

Llegando al salón y con las miradas penetrantes de cada compañero que me obligaron a apartarme en un lugar, hasta que llegó un maestro quien se acercaba por el pasillo, me aterró en ese momento y poniendo una cara de asustado, entré al salón seleccionando a mis camaradas, lo cual es lo primero, además de estar de curioso viendo a la chava más guapa.

Pero, soy muy tímido, nada más no me salieron las palabras al estar frente a alguien, tomé asiento y observé detenidamente a cada persona sentada una por una y eligiendo quién es el inteligente, quién es el que hará las fiestas, los más fresas, el que hace las retas de fucho, mis nuevos amigos y la banda de los malos, porque en cada salón siempre hay de quien cuidarse.

Mi primera hora se pasó rápido y al parpadear terminó la clase. Mi cara de pocos amigos y mi caminar alejaba a mis compañeros, cada quien tomaba direcciones diferentes y caminaban lejos de mí, traté de irme con alguien y de pronto, perdí a todos de vista.

Yo caminando solo con el pecho inflado y con una sonrisa tan falsa como el peluquín de aquel profé que va por allá, pero seguro de mí. Al caminar me tropecé y esperé alguna burla, pero no había nadie; llegué a la clase después de perderme y dar una vuelta que pude acortar por un edificio, percibí que todos se hablaban y al ser indeciso, al hablarles, me arrinconé en una esquina sacando mi

celular como todos y haciéndome menso por un buen rato para convivir y no quedarme atrás con las tremendas joyas de mis compañeros y el mío que parecía algo insignificante.

En eso, pasa una chica que cuando la vi me gustó, pero lástima, se siguió de largo, bajando mis esperanzas de noviazgo este semestre, y de repente, llega una maestra un poco distraída buscando su salón como su primer día y yo asustado o ya ni sé, si impresionado por la imagen de la maestra, pero ella no iba a ser mi profesora, me preguntaba, pero solo era la conserje que abría el salón, que al igual que la belleza, se siguió de frente, hasta que llegó una maestra común, que solo dio una barrida con la mirada como tirando un escáner que buscaba a quién traer de encargo y con un pequeño paso mis compañeros retrocedían, dejándome en frente como pelotón de fusilamiento, la maestra solo sonrió, saludó y dijo: entren (con una voz angelical), pero algún instinto me decía, no entres.

Y como obedezco a todo, entré, me senté en la primera fila ignorando mi instinto y comencé a temblar, moviendo constantemente mis manos y tratando de agachar mi cuerpo poco a poco, mientras mis compañeros con una mirada retadora y un porte apantallador veían a la maestra de pies a cabeza y con seguridad contestaban cada pregunta.

El león que venía en el metro ensayando las posibles respuestas a las preguntas formuladas por compañeros y maestros, se convirtió en un ratoncito al que solo le quedaba en pensamiento aquellas ideas que sonaban bien en la mente y que con solo pensarlas, podría ser el mejor de la clase.

Los maestros fueron amables y dóciles, eso aparentaban, y dejaban salir temprano con algunos minutos, claro, yo volví a tratar de buscar a alguien, pero ya se habían esfumado, seguí caminando a mi siguiente clase buscando un rostro conocido y observé que muchos rostros andaban confundidos igual que yo, tratando de andar solos como todos unos líderes y con su orgullo por delante igual al mío, que no volteaba a verlos.

En eso por estar distraído, me volví a perder, aunque mi escuela no era tan grande me perdí. Quién sabe cuánto caminé, pero llegué al salón todo sudoroso y con un cansancio que al ver a una belleza de mi salón, la cambie por una sonrisa, inflando el pecho y dejando ver mi masculinidad, ella pasó sin voltearme a ver y detrás de ella mis compañeros recargados en el barandal del pasillo, esperando la clase con su cigarrillo y uno que otro con su libro, haciéndolos ver todos unos expertos en esta escuela, tan relajados y yo con mi cara de espantado, sudoroso y cansado por haberme perdido tan, tontamente.

No tardamos afuera, la conserje de hace rato abrió, me traté de sentar en algún lugar cómodo ni tan cerca del profesor ni tan lejos de él, colocándome en medio de entre todos y buscando mi lugar ya que todos los desabridos colocaban su mochila, bloqueándome el asiento hasta que encontré este lugar.

Y como, yo quería que alguien me hablara, quité mi mochila y esperé a que alguien se sentara, pero nadie llegó, solo se sentaban con mis compañeros sangrones que descubrían su mochila cuando pasaban otros de mis compañeros, mientras me enojaba, vi a la belleza de mis sueños, el espécimen perfecto, aquella diosa en

la puerta buscando un lugar, que para mi suerte todos estaban ocupados y el mío era el único disponible, que cuando lo observó se dirigía a mí y yo con una mirada perdida me caí del asiento, provocando que se rieran de mí y ella solo sonrió y yo me levanté rápidamente, ella se dio la vuelta viéndome con una sonrisa hipócrita, argumentando que no podía ver porque estaba muy atrás y usaba lentes, dejándome solo y pasándome a un mastodonte como de dos metros a mi lugar y ella sentándose dos bancas enfrente de mí.

Mi cara de desilusión y un grito en mi mente de ¿por qué no se sentó conmigo?, la vergüenza no me dolió, me afectó más el rechazo de ella, pero no se consigue todo en esta vida. Mi compañero de un lado solo me veía con una cara que intimidaría a cualquiera, me acurrucó de un lado de la mesa con una nacha fuera del asiento, para mi suerte, el profesor llegó y aplacó todo el barullo existente y explicó su clase, lo mismo que cada profesor al inicio y sin más de qué avergonzarme, le hablé a mi compañero de un lado quien me cayó bien, aunque, su aspecto era como el de cualquier verdugo buleador, tenía buenas ideas que se parecían a las mías y congeniamos, ya que yo no esperaba que me hablara y con pequeños comentarios durante la clase nos hicimos amigos, terminó la clase y salí casi corriendo, que no me viera nadie ni se burlaran de mí. En mi primer día, y yo haciendo estas tonterías, de camino al metro no paré ni quise girar mi cabeza hacia atrás, solo quería llegar a mi casa, no estaba tan acostumbrado estar lejos de mi mamá, aunque ya sea casi un adulto.

En el metro me encontré a los vendedores con sus frases típicas como: ¡llévele, llévele!, hasta, te lo tengo garantizado comprobado

y está patentado, solo causándote temor por los gritos desesperantes, eso sin contar la estampida de la grandes manadas que se acercaban a las puertas del metro, magullándote y acercándote el camarón, por cierto, esta es otra expresión de aquel mi *sensei* del albur.

Mi viaje agotador se simplificó con una dormida en el metro y en la combi por un nocaut aplastado y entumido por una señora «gordis», hasta que llegué a mi casa y con una gran comida esperándome, la jambé de un bocado y dormí como un oso, tirándome a la cama como en aquel comercial que luego pasa en la tele; y todo esto, en mi primer día de clases.





REALIDAD: RUTINA DE UN SUEÑO

Carlos Raúl Huitrón Baltazar

«Char»

He aquí el contador que después de 126 personas atendidas, 96 *vouchers* y dos cambios de moneda, toma el camino de regreso a casa, dos horas y media de sudor, de tranvía, de gente corriendo apresurada, de personas monótonas con cara de normalidad, de obreros con cicatrices en las manos. Lleno de clase baja en guerra con la vida, de viejos cargando costales de experiencia, de estudiantes intentando cumplir la expectativa de mamá y papá.

Después del camino llega a casa, come lo que su mujer calienta mientras, él se queja de lo mal que le fue en el trabajo, de que la economía tuvo una pérdida de uno punto tres en la Bolsa de Valores, que el país cada vez está más mierda y que un día por el uso del sol y el agua, vamos a tener que pagar impuestos. Su mujer lo miró a los ojos, lo besó y dijo: come, se enfrió.

En cuanto terminó, decidió ver a su hijo que por ser altas horas de la noche ya dormía, entró en la habitación a oscuras intentando hacer el menor ruido posible, le besó la frente llena de sueños y se limpió la de él cargada de trabajo, besa de nuevo la frente del niño y decide retirarse a descansar.

Se acuesta en su cama, pero no deja de bailotear; su cuerpo está cansado, pero no consigue dormir.

Enciende un cigarrillo, ve ahora a su esposa dormir, la arrullaba el golpeteo de la lluvia sobre las láminas.

El contador amaba la música, el *jazz*, el *blues*, sonaba el sax, y algo pasaba más allá de su cuerpo, al parecer le hacía vibrar el alma.

Encendió otro cigarrillo mientras el *jazz* salía obstinado, valiente y libre del reproductor, se escondía, rebotaba entre las paredes, se hacía sombrero de mago y al mismo tiempo magia.

El contador sacaba el humo del cigarro y veía el tiempo dibujarse entre algún compás.

Sacó un teclado viejo del cajón de los recuerdos desempolvando un poco los sueños, pasaba los dedos por las teclas sin hacer ningún acorde y ya se escuchaba la felicidad entrar sin haber golpeado la puerta.

Primer acorde con la mano izquierda en la primer octava, la mano derecha bailaba de la tercera a la sexta, en la habitación, se palpaba música no antes vista un poco turbia y descompuesta, el pequeño teclado no permite la profundización de la melodía, y el contador sin saber de notas, de acordes, de estribillos, tenía talento de lírico, vida de músico y actor de los números por desgracia.

El contador con alma de músico no es el único caso, ahí, está el arquitecto que dibuja líneas perfectas, edifica a través de puntos de fuga, estudia el diseño.

Cuando en verdad le apasionan las texturas y colores, en sus manos lleva la combinación perfecta del surrealismo de Dalí y el cubismo de Rivera.

Por último, estoy yo, hablando de sueños y travesías, jugando a las letras y los demás a la oración.

He aquí donde habita lo imposible del posible, del solemne sin excusa, de la frente fruncida sin enojo, de los ojos cerrados con descanso, de una sístole bajo la diástole.

Habito donde los recuerdos crean caminos maravillosos que uno ya no puede recorrer, donde controlo los sentimientos y veo de cerca la estética de las lágrimas, donde mi prosa lleva a una dialéctica más allá del logos y el *ethos*, donde escribo y no persuado, transmito.

¡Ay de la literatura! ¡Ay del arte! ¡Ay de la palabra!

El arte debe nacer de la sangre, de las raíces, debe transmitirse y saberse.

Pero, debe estudiarse, aprenderse.

Llevarlo a lo sublime sin perder la sencillez.

Al final, fuimos cortados por la misma tijera, es decir: «paridos por el sistema y criados por la globalización».



EL SUEÑO DE ESTRELLA

Manuel Pablo Silva

«Mane»

Hace mucho tiempo, en un lugar remoto del universo, existían dos seres, uno era muy hermoso, tenía una luz propia que iluminaba todo a su alrededor, su nombre era Estrella; el otro personaje era un ser oscuro, sin luz propia, por lo que, siempre quería comer la luz que irradiaba de Estrella. Su nombre era Sombra.

Muchas veces, Estrella intentaba acercarse a Sombra con el fin de formar una amistad con ella, pues aunque no le gustara, Sombra era el único ser con el que convivía en todo el universo. Sin embargo, cada vez que Estrella se acercaba, Sombra absorbía de manera voraz la luz de Estrella.

Así, pasaron los años y poco a poco la luz de Estrella se iba debilitando debido al insaciable apetito de Sombra. Por tal motivo, un día Estrella decidió alejarse lo más posible de Sombra, pues, ella sabía

que, si seguía cerca de Sombra, llegaría el día en que su luz se extinguiría por completo, así que emprendió un viaje por todo el universo.

En su viaje, se dio cuenta que los meteoros que colapsaban con ella la hacían tener más luz, por lo que, cada vez que veía un meteoro se impactaba con él, brillando cada vez más y más.

Pasó mucho tiempo y la luz de Estrella se volvió gigantesca, casi todo el universo estaba iluminado. Evidentemente, la luz de Estrella llegó a los ojos de Sombra, esta al ver esa enorme cantidad de luz perdió la cabeza, lo único que quería era absorber toda la luz posible, así que decidió ir hasta donde se encontraba Estrella. Ella al percatarse que Sombra se acercaba con gran velocidad decidió huir, sin embargo, mientras huía, Sombra iba absorbiendo su luz y poco a poco Estrella se debilitó hasta que no pudo huir más.

—No puedes huir— dijo Sombra —Ahora, serás mi alimento, con esa gran cantidad de luz por fin podré brillar y tener luz propia. Tú te extinguirás y yo seré el único ser hermoso en el universo—.

Estrella sabía que, si intentaba huir, Sombra la alcanzaría con facilidad. —Espera— dijo Estrella —No me comas por favor, entiendo cómo te sientes y lo lamento, pero, si me dejas vivir te compartiré la mitad de mi luz y así las dos podremos brillar en el universo, ¿Qué dices?—.

—¡Jamás!— contestó con euforia Sombra —Ambas sabemos que tú siempre brillarás más que yo y eso jamás lo perdonaré, yo quiero ser la más brillante de todas—.

En aquel instante, a Estrella se le ocurrió una gran idea, ella sabía que, si existía la luz en el universo, podría haber una posibilidad de

que la vida existiera, así que decidió sacrificar su vida, ella explotaría en mil pedazos junto con Sombra y sus restos de luz se esparcían por el universo.

—Lo siento mucho Sombra, pero tengo la esperanza de que en algún lugar del universo existan más seres aparte de nosotras— dijo Estrella. En ese momento, del interior de Estrella salió una gran luz amarilla y después sucedió una enorme explosión. Estrella y Sombra habían desaparecido por completo, pero ¡el universo seguía iluminado!, el plan de Estrella había resultado exitoso, millones de planetas, sistemas solares y galaxias se formaron tras esa gran explosión. Entre esos planetas formados, el primero en tener vida fue el planeta Tierra.

Hoy en día, los restos de Estrella aún siguen esparciéndose por el universo, formando más y más planetas. El sueño de Estrella se convirtió en realidad y gracias a su sacrificio, la vida en el universo pudo ser posible.



A LAS ESTRELLAS

Enrique Peña de la Paz

«Chacte»

Septiembre de 2013. Conferencia del astronauta José Hernández en la Facultad de Ingeniería. Ocupamos las butacas y guardamos silencio. Asfixiamos nuestra euforia a cambio de escuchar algunas de las palabras más motivadoras.

Quinta fila. A mi izquierda dos grandes amigos, a mi derecha una chica de cabello castaño y ojos miel, se la pasó haciendo anotaciones. «Apollo 17», «Aprendió ruso», «Once veces rechazado». Noté que subrayó «Once veces». Definitivamente, tenía que aprovechar la situación e intervine. —¿Aprenderás ruso?— Se rompió el hielo. —Muy difícil y poco tiempo— respondió mientras negaba con la cabeza. —Date la oportunidad, se ve que es interesante—. —Estoy segura, pero terminaré la carrera este año y me iré al extranjero—.

A simple vista, no habría un «nosotros», pero nos esperaba una agradable plática. Caminamos, mientras me contaba su historia. Física, amante de la astronomía. Quería estudiar los materiales a nivel atómico para unirse a la Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio. Sonriente y con el mentón en alto, hacía notar su confianza y también su inteligencia. Caminamos a Copilco, intercambiamos bromas y experiencias. Anoté su correo electrónico y nos despedimos con un beso en la mejilla.

Querido lector, cada noche admiro la bóveda celeste y, mientras cuento aquellos puntitos luminosos, recuerdo bellas anécdotas.

A veces, pienso en los amores que me perdí por falta de confianza. A veces, rasco en las ideas y surgen preguntas existencialistas: ¿Será Dios alguno de aquellos puntos? —Dios no existe— me digo a mí mismo. —Son solo gases ardientes que se encuentran a millones de años—. —Años luz, claro— me respondo hasta descomponer las ideas en términos de energía, fotones y partículas elementales. Reafirmando el ateísmo. Pretendiendo ser congruente.

A lo mucho, cuento una docena de puntos cada noche. Pero es Bellatrix quien suele dejarme en suspenso. Estrella supergigante. Casi seis veces más grande que nuestro Sol. La tercera más brillante de Orión y maquillada con un tinte azulado. Los astros me provocan, me inspiran, me hacen soñar cosas extrañas.

Hace dos noches, soñé que dejaba la Tierra para verla desde el espacio. Daba grandes saltos, seguidos de tantas piruetas que incluso Comañeci sentiría envidia al verme. Era callado y relajante. Solo estaba el Sol, la Luna y la Tierra.

La imagen fue lo más increíble. Ver una bola gigante azul, con todas las estaciones del año, ocurriendo al mismo tiempo. Ver el atardecer y la noche. Nueva York y París. Los lugares más ricos, iluminados; los más pobres, en la penumbra.

Soñé con las imágenes más bellas. Ciertamente. También, soñé notar que no llevaba un traje espacial. Así que, comencé a sentir horribles síntomas. A falta de presión, mis órganos parecían expandirse y los fluidos corporales se evaporaban, los ojos aumentaba su tamaño y mis brazos se congelaban.

Iba a morir y solo podía gastar mis últimos minutos admirando nuestro bello planeta. Todo, absolutamente todo lo que había amado, había estado ahí dentro.

Derramé un par de lágrimas que, junto con el resto de mi cuerpo, se congelaron. Quedé como paleta, por un tiempo, hasta que el fragmento de algún asteroide se impactó en mí, dejándome hecho polvo.

Cuando desperté, ya no quería ser astronauta. Dejé de importar Hernández, la física y las estrellas. Yo solo quería abrazar a alguien y decirle cuánto la amaba.



LA SEGUNDA LEY

Edgar Soto Santana

«Leonardo Roble»

—¿Quién es Entropía?— Preguntó Hanói al mismo tiempo que lanzaba un enorme pedazo de pan duro a los patos que se aproximaban. A pesar de que la tarde era fría, mucha gente hacía deporte o paseaba con sus hijos alrededor del lago verde. Solo Enid y su hermana mayor se entretenían alimentando a la manada de patos que se aglomeraban para luchar por un pedazo seco de pan o tortilla.

Aquella pregunta sorprendió mucho a Enid. Su hermana, el orgullo familiar y estudiante de leyes, por primera vez en mucho tiempo, o quizá nunca en su vida, le cuestionaba sobre un tema de su incumbencia académica.

—Tal vez quisiste decir ¿Qué es entropía?— Contestó Enid después de haber acabado su bolsa de pan seco.

—No sé ni lo que quise decir— le respondió Hanói, secamente.

Acabaron de lanzar todo el pan que llevaron y se alejaron de la orilla. Se sentaron en las gradas de concreto y no se dijeron nada en un largo rato. A lo lejos, unos jóvenes preparaban sus balsas de canotaje. Seguían llegando más corredores a la pista y algunas personas desafiaban el reglamento haciendo ejercicio con sus bicicletas. El aire cada vez se sentía más frío y el color de las nubes anunciaba un diluvio; habían elegido el peor día para salir a buscar distracción.

—¿Por qué me preguntabas acerca de la entropía?— Rompió el silencio Enid. Hanói se frotaba ambas manos y sin voltear a ver a su hermana le contestó:

—Anoche, no podía dormir y bajé a la cocina para tomar agua—, llevó sus manos juntas a la boca y exhaló algo de vapor dentro de ellas —y estabas ahí, recostada sobre la mesa, con todos tus libros y cuadernos de almohada. Al poco rato comenzaste a sollozar muchas veces el nombre de *entropía*—.

Se volvió a hacer el silencio entre las dos. El ruido que hacían las hojas de los árboles cuando chocaban con el viento producía una dulce y abstracta melodía que sumió de nuevo a Enid en sus pensamientos. Ella nunca había soñado o eso creía; pues, si tenía la capacidad de soñar, no contaba al mismo tiempo con la posibilidad de recordar dichos sueños.

Despertó sobre la mesa del comedor precisamente a las siete de la mañana, justo a la misma hora del examen. Como pudo, llegó 45 minutos tarde; pero la seguridad que ella había adquirido con todo lo que estudió en la noche, fue suficiente para realizar tres de los

cuatro problemas que le pedía el examen. Regresó a casa, acomodó su cuarto y comenzó a organizar la semana que venía. Su hermana, la persuadió para salir un rato de la casa para caminar y tomar un poco de aire; alimentar a los patos y distraerse un poco.

Comenzaron a caer algunas gotas de agua, el ruido que hacían al golpear el pavimento empezó a preocupar a todos en la pista de atletismo. Solo Enid y Hanói permanecieron inmóviles.

—¿Entonces qué o quién es entropía?— Hanói sacó de sus pensamientos a Enid con su pregunta.

—No lo entenderías, es cuestión de ciencia—.

—¿Crees que no puedo entender nada de ciencia solo porque estudio derecho?— Hanói preguntó en tono serio.

—Es solo que...—. No terminó la frase. Puso la mirada en algún punto del infinito y comenzó a pensar.

Hanoi sacó de su chamarra una cajetilla de cigarros y comenzó a fumar.

Enid comprendió que estaba en problemas; no sabía muy bien cómo explicar lo que era entropía. Había escuchado en la clase el término; usado fórmulas y tablas para obtener aquel valor numérico con unidades de kilojoule sobre kilogramo por kelvin, pero no lograba formular ni una sola oración con sus propias palabras —¿Y, si en realidad no había entendido nada?— Se preguntó.

Recordó que un científico muy famoso dijo que, si lograbas explicarle a tu abuelita un tema científico con tus propias palabras y ella te entendía, habías comprendido a la perfección el tema. ¿Cómo lograría explicarle a una estudiante de leyes algo que ni siquiera ella,

estudiante de ingeniería, podía comprender? El aroma del humo del cigarro comenzó a picarle la nariz.

—¡Entropía es la segunda ley de la termodinámica y, en general, es la medida en la que se desgasta el universo!—

Hanói miró a su hermana, ella había dicho aquel enunciado en voz alta y demasiado rápido. La gente comenzaba a dirigirse a la salida de la pista, era inevitable el próximo aguacero. El fuerte viento comenzó a traer consigo el aroma de los árboles de pirul.

—¿Se está desgastando el universo?— Hanói preguntó y dio una larga bocanada.

—Sí, las estrellas en algún momento se apagarán y se colapsará todo el universo, eso dice la segunda ley también llamada entropía—.

—¿Pero el universo qué tiene que ver con la ingeniería?— volvió a preguntar Hanói y antes de que Enid le dijera alguna cosa, hizo otra pregunta —¿No se supone que los ingenieros inventan y hacen cosas que se utilicen en la tierra?—

—La entropía en ingeniería se estudia para cuestiones de diseño—. Fue la respuesta rápida de Enid.

Aquella charla le había enseñado algo muy importante, no solo bastaba con aprender algo lo suficientemente rápido como para aprobar un examen, tenía que ser más autodidacta, investigar por su cuenta los huecos dejados en clase, preguntarse, si de verdad sabía algo y darse cuenta, si en realidad lo había entendido. Cuando llegase a casa investigaría algo más acerca de aquella segunda ley.

Ya no se veía nadie en el parque y era hora de que ellas también se acercaran a la salida; las nubes, ya casi negras, habían opacado

toda la luz, la vista se veía como una película en blanco y negro. Enid se levantó esperando a que Hanói hiciera lo mismo.

—¿Son así de malas las segundas leyes de toda la ciencia?, ¿así de malas como la segunda hermana?— Esta vez Hanói la miró sonriente.

Enid volvió a sentarse. Recordó todas las segundas leyes que había estudiado. Su mirada volvió a perderse y habló sin interrupción, como hipnotizada por algún extraño poder. Hanói la miró con atención.

—La segunda ley de Newton permite entender las causas del movimiento en el sistema solar, la segunda ley de Kepler habla sobre la conservación de las áreas barridas en el movimiento planetario, la segunda ley de Kirchhoff dice que la suma de las diferencias del potencial alrededor de una trayectoria cerrada debe ser cero— tomó un poco de aliento y continuó —La segunda ley de Cassini explica el movimiento rotacional de la luna, la segunda ley de Mendel se relaciona con la hibridación de las especies de...—

—¡Aburrido! ¡Aburrido! ¡Aburrido!— interrumpió Hanói en voz alta —Hay una segunda ley que no es tan aburrida—.

Enid miró a su hermana con atención, quería saber de qué segunda ley se trataba.

—Dice que un robot debe obedecer las órdenes que los humanos le den— Hanói se rió y se puso de pie. Comenzó a bajar por las escaleras de las gradas.

A lo lejos, comenzó un espectáculo maravilloso; empezó a caer la lluvia y venía en dirección hacia ellas. Era fascinante ver cómo se acercaba la tormenta precipitando grandes cantidades de agua.

Hanói comenzó a gritarle, pero ella seguía sin moverse. Cuando la lluvia estuvo lo suficientemente cerca, Enid se dio cuenta de algo raro; las gotas en vez de caer en el agua del lago y en el pavimento de la pista, lo hacían al revés como si el agua escapara de la superficie de la tierra y saliera a través del lago. Ella seguía sin moverse y su hermana no paraba de gritarle.

Enid se despertó, bruscamente. Lo primero que vio fue la mesa ocupada por libros y cuadernos. A su lado estaba su hermana Hanói que la miraba con preocupación.

—¿Estás bien?— le preguntó.

Enid estaba un poco mareada, antes de contestar miró la hora en su reloj, ya había comenzado el examen por el que se quedó estudiando toda la noche.

—Sí, estoy bien, me tengo que ir, ya es tardísimo—. Comenzó a levantar sus cosas regadas en toda la mesa.

—¿Qué es fractal?— Le pregunto Hanói.

Enid seguía metiéndolo todo en su mochila. La desesperación por salir rápido de casa hizo que Enid le respondiera apresuradamente con otra pregunta.

—¿Por qué lo preguntas?

—Es que hace un momento, cuando estabas dormida, comenzaste a decir ese nombre repetidas veces, fue por eso que te desperté.

Enid sentía que ya había vivido ese escenario en algún momento de su vida, solo que no recordaba cuándo pasó. Miró a su hermana con una gran sonrisa y le dijo:

—Debió ser un mal sueño—.





LA NIÑA DE LAS FLORES

Jonathan Alexis Torres Guzmán

«Réquiem»

Durante varias semanas, Dimitri había estado sumamente decaído y ausente. Apenas intercambiábamos unas cuantas palabras durante el almuerzo. Pasaba la mayor parte del día fuera, haciendo quién sabe, qué cosas. Y cuando volvía a casa se encerraba en su habitación. Hoy, las cosas eran distintas. Se encontraba completamente absorto en su trabajo. Parecía que había recuperado el amor por la pintura, tal y como, cuando lo conocí.

No paraba de hablar de aquella vendedora de flores con la que se había topado camino a casa. Al principio, creí ingenuamente que se había enamorado de ella, pero rápidamente me percaté de que no era así. Lo que sentía era alguna clase de obsesión artística. Describía a la delicada chica de una manera particularmente abstracta como si se tratara de un paisaje. Mientras mezclaba pequeñas porciones de

pintura en su paleta, insistía en un discurso absurdo que me era casi imposible seguir. Insistía en el contraste del delicado y juvenil cuerpo de la niña en comparación con la vetusta y opulenta catedral de la ciudad. Con cada pincelada, remarcaba el hecho de que el brillante color de las flores iluminaba por completo el gris de las calles. Balbuceaba un sinfín de tonterías sobre «la esperanza del proletariado» y de un halo revolucionario, casi celestial, alrededor de la infante.

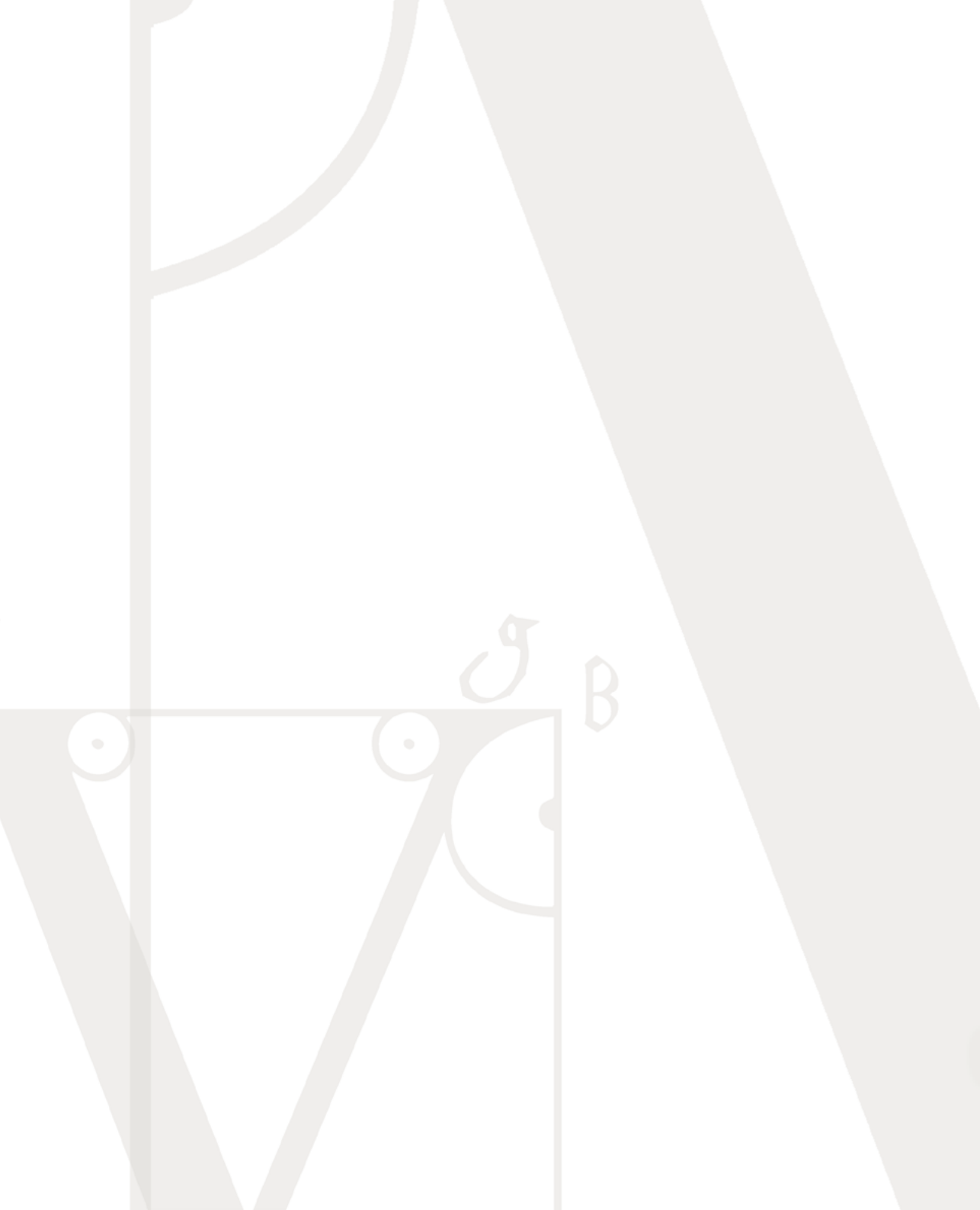
Era de mañana, Dimitri exhausto, casi, había completado su pintura. Sin embargo, había una importante omisión. El rostro de la niña no había sido dibujado. Bosquejó algunas facciones, pero no estaba satisfecho con el resultado. Se sintió abrumado. No era capaz de recordar todos esos detalles que tanto le había obsesionado, últimamente. Al final se dio por vencido y se propuso ir en busca de aquella vendedora de flores. Pero, antes de que pudiera dar un paso fuera del apartamento, fue golpeado por un sentimiento de cansancio impostergable. Había estado trabajando hasta la madrugada preso de su propia obstinación. Decidió, entonces, tomar una corta siesta antes de salir a la calle.

Esa tarde, hubo una revuelta en la ciudad. El Zar respondió a las exigencias de su pueblo con violencia. El caos imperó durante varios días y ninguno de los dos pudimos abandonar el apartamento. Cuando la situación se calmó, Dimitri comenzó la búsqueda de «la niña de las flores».

Un par de días después, volvió a casa. Se encontraba envuelto en un aura depresiva. Evadió cualquier intento de conversación y de inmediato se encerró en su habitación. No tuve el valor para

preguntar acerca del resultado de su investigación. En realidad, no era necesario hacerlo. Bastaba con observar su obra maestra: el retrato de un ángel con un enorme manchón rojo sobre su rostro.

PROFESORES





PRIMER LUGAR

TRISTEZA DE LA ENVOLTURA

Jesús Pérez Esquivel

«NonEntity»

El ímpetu ante la novedad de los últimos veinte o treinta años, ha permitido al hombre moderno mostrar su lado más primitivo y salvaje a la hora de abrir una caja envuelta de vistosos colores, adornada, asimétricamente, con una tarjetita con alguna típica leyenda «de:» y «para:» con tipografía caprichosa, sin olvidar el ya tradicional moño metálico o color pastel de caireles recién hechos con tenazas en un salón de belleza.

Mutilar el papel que cubre con delicadeza las horrendas cajas es una conducta heredada de los padres a los hijos, una vez que los primeros han recibido presentes desde la infancia. En los cumpleaños y en navidad, la mayoría se convierten en pequeños demonios de Tasmania. Un regalo jamás debería ser abierto hasta el momento

de dominar el arte inverso de la papiroflexia. La verdad se ha dicho, poco de cultura oriental se tiene en el occidente, grave accidente.

El papel como la piel cubre el, asombrosamente, espantoso interior del cuerpo humano. El alma hace lo mismo, pero de adentro hacia fuera. Los regalos envueltos tienen el alma de quien los da, mejor aún, si dedicó tiempo para meditar detalles estéticos afines a la persona a quien va dirigido el obsequio. Rosa para las niñas, azul para los varones, tonos dorados y rojos en navidad, y cuanta más cursilería sin olvidar las clásicas figuras como globos, flores, corazones, caricaturas de animales, etcétera. Lo valioso está adentro, todo tesoro por descubrir debe estar oculto, protegido por cerraduras o candados de cinta adhesiva.

El obsequio está ahí, en una mesa, bajo un árbol con esferas, recargado en un sillón o en cualquier otro lugar esperando a ser desollado. Es la concha que sabe, que será ultrajada para obtener su valiosa perla y posa alegre para la fotografía. Por un par de horas, convive con otros de su misma condición, grandes y pequeños con bonitos moños de listón o con aquellas bolsas de papel de supermercado, siendo estas las que no paran de hablar de otras fiestas donde han sido abandonadas, así como de los lugares en donde después han permanecido arrinconadas a merced de ser devoradas, lentamente, por los pececillos de plata en espera de llevar otro objeto a otra fiesta.

El ritual de la carnicería se anuncia después de soplar las velas del pastel, de los abrazos, de los cubiertos sucios, de las risas, de los vasos medio llenos o medio vacíos. Un breve silencio se apodera de todo una vez que se escucha: «¡que los abra, que los abra!».

Estupefactos y con sonrisas perversas, los rostros permanecen fijos a las manos del verdugo, quien toma un primer obsequio, siempre el más pequeño para dejar el más grande hasta el final, lo agita, lo sopesa con la mano derecha, luego con la izquierda, le da vueltas en búsqueda de un punto débil, el flanco descubierto. El lienzo de colores y brillo se desvanece, su delgada y fina anatomía pierde firmeza en un instante antes de que los grotescos y poco civilizados dedos le violen, le destrocen, le partan a la mitad y salgan echados por los aires trozos de lo que alguna vez fue un rollo de papel exhibido en una tienda de regalos con un código de barras.

La tristeza de la envoltura llega a ser menor a la de quien recibe el obsequio, en algunas ocasiones, pues no todos los cofres tienen doblones de oro ni las conchas perlas.

SEGUNDO LUGAR

LAS LLORONAS DE COYOACÁN

Gabriela Macías Esquivel

«El Gato Fisgón»

Hace muchos años, durante la Guerra Cristera en México, había en el pueblo de Tecómitl, hoy delegación de Milpa Alta, un sacerdote católico llamado José Guadalupe que llegó a esos lares para encontrar refugio de la persecución de la que había sido objeto desde su natal Zinacantepec, pueblo cercano a la ciudad de Toluca. José Guadalupe vivió encubierto durante los tres años que duró La Cristiada, celebrando misas e impartiendo sacramentos con ayuda de los lugareños católicos y de tres de sus sobrinas que lo habían acompañado desde Zinacantepec: Irene, Mercedes y Victoria mejor conocidas por la familia como Nene, Meche y Vito.

El padre cristero se vestía de indígena con calzón y camisa de manta, gabán, sombrero de palma y huaraches, acompañado siempre de dos burros con barcinas de carbón con zacate donde ocultaba



los implementos para oficiar la santa misa. Como no podían permanecer mucho tiempo en el mismo lugar por el alto riesgo de ser descubiertos y consecuentemente fusilados, el padre José Guadalupe salió de Tecómitl y estuvo oficiando misas de manera itinerante en Peralvillo, Tulyehualco, Mixquic, Santa Ana, San Gregorio, y muchos otros lugares más de la antigua zona rural del Distrito Federal.

En todo este peregrinaje, le tocó al padre llegar a la iglesia de La Conchita, ubicada en el centro de Coyoacán, donde estuvo cerca de dos meses, acompañado por sus inseparables sobrinas Nene, Meche y Vito. Estas valientes muchachas la hacían de sus ayudantes, lavándole la ropa, preparándole la comida y facilitándole la vida, a pesar de la persecución de que era objeto, además de avisarle cuándo era momento de esconderse en otro lugar.

Las tres sobrinas del padre José Guadalupe rondaban los veinte años cuando vivieron toda esta persecución y como es natural a esta edad, eran traviesas y ocurrentes. Estando en Coyoacán, en la iglesia de La Conchita, una calurosa noche de mayo, no podían conciliar el sueño, por lo que, decidieron subir al campanario para ver los alrededores del pueblo de Coyoacán. Ya estando en la parte más alta de la iglesia, las muchachas comenzaron a hablar de historias propias de la noche como fantasmas y aparecidos. Estando inmersas en el misterio de los espectros y descarnados, Meche tuvo la idea de gritar, desde lo alto del campanario, dando un alarido lo más largo y fuerte que los pulmones le permitieron. Las tres sobrinas del padre José Guadalupe bajaron corriendo desde lo más alto de La Conchita para meterse a la cama y evitar así, el regaño, por cierto muy merecido, de su tío.

Al otro día, muy temprano, las tres jovencitas fueron con el padre para oficiar la primera misa del día, cuando comenzaron a escuchar que todo el pueblo de Coyoacán no hablaba de otra cosa que no fuera de la aparición del famosísimo espectro mexicano de La Llorona durante la noche anterior. En todo el día, la mítica aparición de La Llorona fue el tema de conversación preferido de todo el pueblo.

Ya en la privacidad de su habitación, Nene, Meche y Vito hablaron de lo grave de su comportamiento y del revuelo que habían causado en todo Coyoacán, así que, las tres primas decidieron que no podían defraudar a los habitantes que habían salido de la monotonía de la vida cotidiana, por lo que, La Llorona tendría que volver a hacer su aparición esa noche. De esta manera, fue Nene la que dio vida a la espectral aparición, dando un grito fantasmal desde el campanario.

Esta travesura ayudó a las muchachas a sobrellevar la persecución y olvidarse, por lo menos, durante los dos meses que estuvieron en Coyoacán, de que estaban amenazadas de muerte y también dio un motivo a todo un pueblo para esperar escuchar a La Llorona, cada noche interpretada por una prima diferente.

Finalmente, llegó el día en que el padre José Guadalupe acompañado de sus tres sobrinas Nene, Meche y Vito tuvieron que salir de la iglesia de La Conchita para seguir huyendo de la persecución cristera que marcó la vida del pueblo católico mexicano. Nunca, fueron aprendidos y tampoco fueron descubiertas las tres lloronas de Coyoacán que dieron misticismo y aventura a las noches de persecución vividas en una de las tantas iglesias de nuestra querida ciudad de México.



TERCER LUGAR

EL CLAMOR DE UN PUEBLO

Jaime Alfonso Reyes Cortés

«Abrajai Hercorts»

Para contaros una historia querido lector hoy, os hablaré de un lugar, un lugar escondido en el corazón, en el corazón de un pueblo.

Un clamor escondido que emana en una canción o en una coreografía que trata de alcanzar la perfección y solo busca expresar el sentir de una nación, de un pueblo que quiere libertad verdadera, que está cansado de corrupción y violencia, de impunidad y traición.

Por la calle, la gente camina, es una tarde soleada, no se sabe, si es verano o es invierno, aunque el calor del sol irradia por todas partes y a ratos suele ser bochornoso. A la sombra, el viento que sopla hace que la gente tiriten de frío. Tanto cambio climático causa descontrol... Una señora se asoma por la ventana de un primer piso y sacude la ropa que acaba de lavar, se encuentra pensando en que no le alcanza el dinero y sus hijos ya no tardan, han salido de la escuela y pronto

llegarán, habrá que tenerles lista la comida, ¡son unos diablillos!... Más allá, una pareja camina sujetándose de la mano, se ven tan enamorados, se detienen, de vez en vez, para besarse y abrazarse. Ella cree que él es lo mejor que le ha pasado en la vida; él piensa en cómo habrá de decirle a su novia que se ha enamorado de otra... La calle no está tan transitada, pasan coches en ambos sentidos pero se puede cruzar sin problemas, si se espera un poco. Del otro lado de la acera, varias personas caminan al parecer sin rumbo más para guarecerse del implacable sol que cae con todo su aplomo, que para llegar a sus propios destinos. A algunos se les ha hecho tarde ya y corren tratando de alcanzar el transporte que ha partido y que va echando arrancones con el microbús vecino... Otros se detienen a ver los aparadores de las tiendas que a pesar de tener ropa multicolor, los productos de belleza más novedosos y aquellos aparatos de «última tecnología», no logran vender en lo más mínimo. ¡La situación está del cocol!... Entre ellos va un estudiante sumido en sus pensamientos, está a punto de terminar su carrera, su semblante denota preocupación; lleva más de seis meses en un proyecto *sui generis*, en el que no le han pagado y ya no le alcanza ni para el pasaje. Aún así, trabaja en él con todo su ahínco más de ocho horas diarias, a la par que trata de concluir con la última materia que le falta. Los jefes le dan largas cada vez que pide algo para continuar, le recuerdan su compromiso con la institución y su profesionalismo, mientras ellos se regodean en sus puestos, olvidándose que estimaron mal el proyecto y que dejaron de asistir a las reuniones con el cliente, sin importarles que él sea cabeza de familia y hasta hace unos meses, se encontrara desahuciado y que, ¡por fortuna!, apenas en esta semana, le acaban de encontrar la cura a su

padecimiento. El tratamiento será muy agresivo... A él, lo encuentro en mi camino, lo saludo y le pregunto qué tal le ha ido. ¡Bien!, exclama, y por más que trato de hacerle conversación, esquiva mis preguntas y sigue su camino cabizbajo y meditabundo. Y como hace un año, le conozco, os digo que me imagino lo que piensa:

«...Y sin embargo, tú la tienes, esa voz que no acalla nadie y que por mil vicisitudes que pases sigue gritando: ¡soy artista!, ¡déjenme expresarme! ¡Todo lo que está a tu alrededor es susceptible de transformarse! Basta una mirada diferente para hacerlo; encontrar esa esencia escondida dentro de lo que parece inmutable, de lo que todos miran y creen que lo han visto todo. Basta con dejar volar la imaginación, ¡atrévete! Y, si hay gente que no entiende, pues, ¡que mal por ellos!, porque no podrán acallar el clamor de mi corazón, el clamor que está en el corazón del pueblo... »

Y, en el fondo se percibe una canción que todavía no ha sido escuchada, pero que implora por un amor perdido:

¿Qué voy a hacer sin ti?,
si ya no tengo tus caricias.
¿Qué voy a hacer sin ti?,
si ya todo terminó.
Y de ti
ni un adiós obtuve

¿Qué voy a hacer sin ti?,
si ya no tengo
tus besos y caricias...



BELLO HAITÍ

Gabriel Moreno Pecero

«Jezrael»

El conocer un país diferente al de uno, donde se es oriundo, es siempre un hecho lleno de oportunidades; una de ellas es el contrastar y, consecuentemente, enriquecer el espíritu y desde luego el rejuvenecer; lo primero, porque con ello se revitalizan los valores humanos, fortaleciendo aquellos que merecen que así suceda; y lo segundo, porque, signo de juventud es discutir cosas, hechos, como cuando se es infante, y el ir a Haití, hasta por tres ocasiones distintas, fue una aventura que cumplió con creces lo anotado. Los viajes se suscitaron por la decisión de las autoridades de México de acudir a ese país a colaborar en su reconstrucción material, actividad necesaria debido a los estragos causados por el sismo que en enero de 2010 se tuvo. En la primera ocasión, se llegó por vía aérea, en un vuelo que no era el planeado, a Puerto Príncipe, su capital, conviviendo en el

aeropuerto con un desorden de todo tipo, sin entender el idioma, criollo se le llama, producto de la fusión de lenguas africanas con el francés, que se justifica por lo vivido, históricamente, en esa parte del mundo. A señas, después de caminar varias decenas de metros desde el aeropuerto, obviamente mermado, consigo el equipaje personal, se logró a señas la comunicación con una persona que conducía un destartalado vehículo, que finalmente me condujo al hotel.

Haití comparte con la República Dominicana la isla descubierta por Colón en 1492: La Española, los indígenas la llamaban «Aití» que significa país montañoso, porque efectivamente está surcado por varias cadenas montañosas. Durante años, fue una colonia francesa hasta que en 1804 se independizó con unos 11 millones de seres humanos, de los cuales de dos a tres, (no se conoce el dato preciso), viven en Puerto Príncipe. La población, predominantemente, se dedica a labores agrícolas, con una marcada tendencia al monocultivo: la caña de azúcar. Tiene bellos paisajes y playas en su costa occidental y su folclore y sus danzas son de admirarse, con una actividad siempre festiva que exhiben en sus reuniones y, desde luego, las presentaciones de vudú que se entiende como un sistema religioso complejo y en cierta forma ordenado, a pesar de la diversidad y disparidad de los elementos que lo integran al surgir de la confluencia de ciertos aportes religiosos; es una religión muy difundida sobre todo en las zonas rurales, pero también, en ciertos sectores urbanos que no dudan en compaginarlo con el catolicismo.

La estancia en la Universidad Estatal de Haití, en donde físicamente se generó la acción de colaboración de México, mostró el lado

humano de un haitiano: admirable y ejemplar; en salones destruidos se podía palpar que la universidad haitiana seguía en pie por la actitud de su comunidad: autoridades, profesores, pero fundamentalmente los alumnos mostraron su espíritu de superación.

A la pregunta directa y sencilla ¿se está dispuesto a valorar a Haití?

La respuesta es:

¡Sí, a enriquecernos, humanamente!

PARTICIPANTES DEL CONCURSO

Alumnos

<i>Tan grande como el universo</i>	José Fernando Acosta Lozano «Cyborg»
<i>El mundo tiene secretos</i>	Edgar Miguel Aguilar Díaz «Xeiclcer»
<i>Sigiloso</i>	Adriana Alarcón Muñoz «Harley Quinn Zarza»
<i>El cuento de mi vida</i>	Sarahí Albor Elizalde «Amanecer»
<i>No llegan</i>	Hugo Adrián Alejandri Mercado «Buba»
<i>El mar</i>	Alejandra Alvarado Contreras «Achecha»
<i>Alegrías</i>	Alfredo Álvarez Ocampo «Rosita»
<i>El lugar</i>	Lael Álvarez Verdejo «Niels Lefevre»
<i>Una realidad soñada</i>	Manuel Enrique Álvarez Galván «MG»
<i>El umbral de Venus</i>	Arturo Andrés Montealegre «V.I.T.R.I.O.L.»
<i>Mita</i>	Brenda Andrés Montealegre «Bre97»
<i>El cuervo</i>	José Antonio Arellano Mendoza «El viajero»
<i>Natalia</i>	Edna Monserrat Arroyo Romero «Nahui Olin»
<i>¡Amo la primavera!</i>	Ismael Baltazar Guevara «Is Bagge»
<i>Canto al viento</i>	René Alejandro Barón Chávez «Al Ba»
<i>Un día de estos</i>	Carlos Daniel Barrios Alvarado «El Travieso»
<i>Utopía y Ángel, dos polos opuestos</i>	Carlos Alberto Bautista Torres «Calber7»
<i>Helios</i>	Esteban Belmontes García «Búho de Reserva»
<i>Hacia un mundo desconcertante</i>	Eduardo Benítez Prieto «HEP»
<i>Bendiciones sin sentido</i>	Diego Bustamante Hernández «DH»
<i>Verdad</i>	Joaquín Ricardo Camacho Escamilla «Kilyumed»
<i>El Charolastia</i>	Daniel Camacho Ramírez «Charolastia»
<i>Las joyas de la botella</i>	Moisés Campos Rosas «El Moy»
<i>Relato de un viajero</i>	Fernando Carmona Córdova «El chico del corazón azul»
<i>Inspirado</i>	Diego Armando Casillas Muñoz «Uninspiriert»

<i>Sueños</i>	Mariana Castañeda González «Aleph»
<i>Herederos del bosque</i>	Carlos Castañeda Hernández «Volg Tsn»
<i>Ojalá</i>	Virginia Arlette Cedeño Estrada «Darli»
<i>El inmortal</i>	Marcos Cedillo Constantino «MaCo»
<i>Un extraño enemigo</i>	Eréndira Celis Acosta «Cuadrilo Canibal»
<i>El viaje apenas ha comenzado</i>	Luis Armando Cerón Gutiérrez «Larce»
<i>El lago misterio</i>	Javier Cervantes Villalobos «Jace»
<i>El crimen de Juan</i>	Rubén Cerviño Parra «Neal»
<i>El gran silencio</i>	Luis Chávez Cruz «Partano»
<i>Recuerdos</i>	Daniel Alejandro Contreras López «Icarus»
<i>Sacrificios de libertad</i>	Irma Sofía Cortés César «Pasmyke»
<i>Beatriz</i>	Armando Arturo Cruz Mendoza «AL»
<i>Shatter me</i>	Diana Laura Cruz Roque «Ravel»
<i>El sueño</i>	José Carlos Cruz Valenzo «Cornamenta»
<i>Corazonada</i>	Angélica Cruz Villamar «Villa»
<i>Es como el comienzo</i>	César David Cruz Pérez «Chovi»
<i>Las margaritas</i>	Yadira Cruz Reyes «Ariday»
<i>Morella memorias</i>	Itzel de la Rosa Pineda «Pierrot Corpsegrinder»
<i>Luna llena</i>	Leonel David de León Juárez «Sue»
<i>Telas con mensaje</i>	Marcela Díaz Ayala «MA»
<i>La leyenda del guerrero desconocido</i>	Rodrigo Díaz Maldonado «Lich»
<i>Sonrisa</i>	José Manuel Durán Mejía «Mister Bunny»
<i>Un beso</i>	Melissa Araceli Enríquez Vega «Coco»
<i>Yo, el de antes</i>	Axel Espinobarros Peralta «Chey»
<i>El comienzo de un sueño</i>	Daniel Espinoza Díaz «Danterodman»
<i>La decisión</i>	Exaú Esteban López «Klingsor»
<i>Blanco</i>	Uriel Alejandro Estrada Soubran «Soubranarbuos»
<i>Un bombón con chocolate</i>	Alejandra Flores González Terán «China Musa»
<i>Children's of Hell</i>	Diego Fernando Flores Regalado «DifereNT»
<i>Luna</i>	Óscar Flores Sandoval «Daket»
<i>Esta hermosa ciudad</i>	Cosme Jobías García Chávez «Garco»
<i>Sonrisa</i>	Diego García Silva «El Chachivaches»

<i>Las tres peores noches de mi vida</i>	Josué Martín García Venegas «Silves»
<i>Soñar</i>	Mariana García Verdín «Gamma»
<i>Ella</i>	Francisco Javier García Hernández «Leo»
<i>La fecha de caducidad de un valor</i>	Pamela Gerardo Suárez «Tulipán»
<i>El pingüino que no podía volar</i>	Jorge Gerónimo Cárdenas «Patitos Muertos»
<i>La noche en que ningún perro murió</i>	Stephany Alejandra Gómez Zenteno «Balsiko»
<i>La serpiente y el hombre</i>	Ángel Emmanuel Gómez Sandoval «Pablo Caballero»
<i>Buenos días</i>	Eric Damián Khin González Hernández «Iskandar»
<i>Villalobo</i>	Ismael González Martínez «Ángel Nimbus»
<i>Historia de una guerra</i>	Osvaldo Alejandro González Santos «Oss»
<i>La hormiga valiente</i>	Daniela González Sosa «Tabatha»
<i>Algunos sueñan su vida</i>	Rodrigo Gutiérrez Martínez «Roberto Rivero del Castillo»
<i>otros viven sus sueños</i>	
<i>El último café</i>	Lorena Gutiérrez Olvera «Alegra»
<i>Caramelo de ternura</i>	Diego Gutiérrez Santillán «Hudson»
<i>I am ¡T.N.T.!</i>	Mauricio Guzmán Castaño «Mau Nau»
<i>El exquisito horror</i>	Cristina Itzel Heredia Téllez «Zalir»
<i>Crónica de un primer día</i>	David Hernández Alarcón «El poeta Drako»
<i>La lista del 35</i>	Víctor Manuel Hernández Canales «Dean Moriarty»
<i>Todo un profesional</i>	Michel Hernández Jiménez «Herz Über Kopf»
<i>El último gran héroe</i>	Servando Hernández Santillán «Sev»
<i>Transgresión</i>	Víctor Hugo Hernández Freyre «William Wilson»
<i>No friends</i>	Marisol Monserrat Hernández Padilla «MariBostwick»
<i>Realidad: rutina de un sueño</i>	Carlos Raúl Huitrón Baltazar «Char»
<i>Ella</i>	Alan Ibarra Santoyo «&Barr»
<i>Volver a vivir</i>	Eduardo Jiménez Arenas «Edward Jiar»
<i>Feliz aniversario</i>	José Juan Lara Hurtado «Satoshi Nakamoto»
<i>¿Has visto a Llamitas?</i>	Jairo Darío Lara Madrid «Mini»
<i>Trayecto hacia la muerte</i>	Jonathan Licona Rodríguez «Á tom»
<i>Analepsis</i>	David Lira Espíndola «Dalies»
<i>Las comunicaciones,</i>	Luis Llarena García «Nai»
<i>parte de la vida diaria</i>	

<i>Revelación</i>	Josué López Garrido «Jo»
<i>Carta a un ingeniero</i>	Jatziri López Reyes «Lobito Gris»
<i>El amour a Régine</i>	Eduardo López Bravo «Adam B. Holzinger»
<i>Mañana será otro día</i>	Jesús Abimael López Castillo «Cazador de las sombras»
<i>¿Qué le pasa a la señorita?</i>	Ernesto Noé López Guzmán «Logen»
<i>No te debí mirar</i>	Alan Uriel López Jiménez «El caballero de la triste figura»
<i>Alhelí</i>	Carmen Haide López Ortega «Tzutane»
<i>RP</i>	Marcos Emiliano López Jiménez «Trenti»
<i>Infiltrarse en el sistema</i>	Rodrigo López Araiza Guevara «Roi»
<i>Nos vigilan</i>	Daniela Lucas Franco «Danlu»
<i>In kaaba kuxtal</i>	Erick Maravillas Mora «K'aay»
<i>Una herencia inesperada</i>	Juan Carlos Marín Helú «Mjk_094»
<i>Crónica de un astrónomo</i>	Marbella Martínez de la Paz «Rhindon»
<i>Bastardilla</i>	Rodrigo Adrián Martínez López «Road»
<i>Eskimo</i>	David Martínez Ortega «Bodelere»
<i>De la corporación a la sociedad</i>	Ximena Martínez Chávez «Santis»
<i>Árbol</i>	Alejandro Martínez Paniagua «Canguro Malhumorado»
<i>Evocación</i>	Frida Lizbeth Martínez Reyes «Micrófonos locos»
<i>La noche de mi decisión</i>	Evelyn Marlen Martínez Sevilla «Ev»
<i>La última visita</i>	Luis Daniel Matus Hernández «Rorschach»
<i>Del título a la realidad</i>	Abraham Isaac Máximo Hernández «Abismahe»
<i>Esencia</i>	Javier Omar Medina Bautista «J»
<i>Abdicación del amor</i>	Emiliano Mejía Rodríguez «Merodem»
<i>Otro (?)</i>	José Alejandro Mejía Rojo «ATL333»
<i>Mis huarachitos</i>	Juan Méndez Escalona «Arnau Vania»
<i>Se pasó toda la mañana buscando la playera blanca</i>	Andy Jesús Mendoza Pérez «A.J.»
<i>Perturbaciones desvanecientes</i>	María Fernanda Merino Morales «Irene Adler»
<i>Muere un sueño</i>	Diego Antonio Merla López «Dago Limere»
<i>El reloj de la torre</i>	Jorge Antonio Meza Hernández «Guardián del Quetzal»
<i>El comienzo</i>	José Francisco Monterrubio Barrera «El Coronel»
<i>Meredith</i>	Joseph Tamaoki Morales González «Bombón asesino»

<i>Una breve petición anónima</i>	Aban Alonso Moreno Aguilar «Casiopea»
<i>Damita de Luna entera</i>	Carlos Alberto Nieto Jiménez «Piazzola»
<i>Historias de la Facultad</i>	Ruth Maciel Olivera Alvarado «Tik'a»
<i>El reanimador de sueños</i>	Mario Alfredo Ortega Rodríguez «Arahuán»
<i>El revólver</i>	Alejandro Oviedo Moreno «Richard Parker»
<i>El sueño de Estrella</i>	Manuel Pablo Silva «Mane»
<i>El viajero en el tiempo y las dos tontas</i>	Yolanda Alejandra Palacios Villanueva «Aleksei Wilde»
<i>El apostador</i>	Erick Paniagua Trejo «Shadraon»
<i>Impávido</i>	Adriana Pastrana Hernández «A. Lechuga»
<i>Onda</i>	Lizette Harumi Paulín Zavala «Ialnantar»
<i>Tríptico de la aflicción</i>	José Antonio Peláez Pavón «Lucas M.»
<i>A las estrellas</i>	Enrique Peña de la Paz «Chacte»
<i>La estrella de Ain</i>	Jimena Pérez Guerrero «Oso Pooky»
<i>Carta blanca</i>	Silvia Edith Pérez Troncoso «Sira»
<i>Luces de tiempo</i>	Arturo Pulido Tomás «The Art Pull»
<i>Cara dura</i>	Elpidio Raga Díaz «Pillo A7»
<i>La ventana de enfrente</i>	Diego Julián Ramírez Rojas «Roberto Montag»
<i>En la penumbra</i>	Laura Ramírez Hernández «LO»
<i>El cuarto</i>	Pablo Ramírez Olivieri «L.O.»
<i>Camino</i>	Héctor Manuel Ramírez Contreras «Eloy Ramco»
<i>La caída</i>	Julio César Ramón Ceceña «Alf Stocker»
<i>Creación</i>	Jorge Richo Sánchez «RSVH95»
<i>Casi ingeniero</i>	Víctor Rodríguez Corona «Bayo»
<i>Respetar y vencerás</i>	Samuel Rodríguez Huitrón «Gondoriano»
<i>Discúlpenme, amigos</i>	Marco Antonio Rodríguez Padilla «Rogue»
<i>Hasta pronto, corazón</i>	Samuel Gamaliel Rosas Gallardo «Ros»
<i>Mutación en Abu Dhabi</i>	Jorge Antonio Ruiz Narváez «Joan»
<i>Tesla y la energía</i>	Dalia Isabel Salazar Maldonado «Alcoztic»
<i>Sinfonía de la soledad</i>	Luis Armando Saldivar Flores «CRONOS-FI»
<i>Oliver, Ivonne y la gelatina</i>	Emmanuel Sánchez Ortiz «Un soñador sin nombre»
<i>La media</i>	Edgar Rodrigo Sánchez Cobos «Helmet»
<i>Bendecido por una pasión</i>	Mariano Alberto Sánchez Morales «Remy Etienne»

<i>Pánfilo Jacinto</i>	José Yaomautzin Sánchez Quezada «El Alcalde»
<i>Así empezó</i>	Eduardo Segundo Sánchez «El Cronista»
<i>Diario de un desconocido</i>	Francisco Javier Sevilla Reyes «Zertok»
<i>La segunda ley</i>	Edgar Soto Santana «Leonardo Roble»
<i>Joven preguntón y estudiante plagiador</i>	Arturo Joshué Toral Noriega «Tavish»
<i>La niña de las flores</i>	Jonathan Alexis Torres Guzmán «Réquiem»
<i>Animales</i>	Ramón Valdez Hernández «OZ»
<i>Mis sueños... sueños son</i>	Víctor Hugo Vásquez Núñez «Mr. Cubo»
<i>Fuego en Oslo</i>	Luis Fernando Vázquez Jiménez «L. Sagara»
<i>Cosmos</i>	José Alberto Vázquez Castro «Knut Bear»
<i>Mis días eternos</i>	Leonel Gerardo Velázquez García «Amuchi»
<i>Mi gran error</i>	Alma Gabriela Velázquez Conde «Isis»
<i>Noctámbulo</i>	Jaziel Elihu Vergara Avelar «Jazo»
<i>La diferencia</i>	Adrián Villasis Barragán «Novato23»
<i>Los he visto</i>	Eric Alexis Yáñez Calderón «Er»
<i>Alfonsina</i>	Andrea Zavaleta Guzmán «Afra Reyes»

PARTICIPANTES DEL CONCURSO

Profesores

<i>El Salchichita</i>	Adrián Álvarez González «J. Patricio González»
<i>Coincidencia</i>	Yolanda del Carmen Arellano Noriega «Sax Tenor»
<i>El tiempo pasa lento</i>	Miriam Arenas Saenz «Masflores»
<i>Tripulante eterno</i>	Mayra Elizondo Cortés «Amai Usagui»
<i>¡Y ya estaban tocando!</i>	José Alberto Escobar Sánchez «Scotch»
<i>Siesta matinal</i>	Heriberto Esquivel Castellanos «Goyo»
<i>El poder a veces lo representa todo o a veces nada</i>	Armando Gómez Crisóstomo «S-critor informático»
<i>El hombre que sabía reír</i>	Eduardo Alejandro Hernández González «El profe cuenta historias»
<i>Brevísima semblanza</i>	Erick Onoffre Hernández Morales «Aquerón Tercero»
<i>Las lloronas de Coyoacán</i>	Gabriela Macías Esquivel «El Gato Fisgón»
<i>Cruzando nuestros destinos</i>	M. del Carmen Maldonado Susano «Ce Ce Santy»
<i>No dejes para mañana</i>	Ernesto René Mendoza Sánchez «El Mensajero»
<i>Bello Haití</i>	Gabriel Moreno Pecero «Jezrael»
<i>El Cele</i>	Juan Ocáriz Castelazo «Sisigias»
<i>¡Pero mamá tu siempre me llevas a ver los cuetes! ¿hoy por qué no podemos salir?</i>	Arnulfo Ortiz Gómez «Quitute del Lago»
<i>Tristeza de la envoltura</i>	Jesús Pérez Esquivel «NonEntity»
<i>El clamor de un pueblo</i>	Jaime Alfonso Reyes Cortés «Abrajai Hercorts»
<i>Una escena matutina en el 2206</i>	Jesús Savage Carmona «Tichy Markov»
<i>Noche en vela</i>	Orlando Zaldívar Zamorategui «Top Cat»



Quinto concurso Cuentacuentos se publicó digitalmente en el repositorio de la Facultad de Ingeniería en mayo de 2022. Su versión original se imprimió en 2016 con un tiraje de 200 ejemplares.

El cuidado de la edición y diseño estuvieron a cargo de la Unidad de Apoyo Editorial de la Facultad de Ingeniería. Las familias tipográficas utilizadas fueron Myriad Pro Light para títulos y Minion Pro para textos con sus respectivas variantes.



